

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 6

San José, Costa Rica 1928 Sábado 11 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Panamericanismo limitado.....	Fco. García Calderón	Sobre Marta Brunet.....	Gabriela Mistral
Noticia de libros.....	E. Salazar Chapela, Armando Solano y Salvador de Adariaga	Lucho el Mudo.....	Marta Brunet
Caricatures.....	Leopoldo Litigones, Mario Sancho, Jorge Basadre y Teodoro Elmore Letts	El Inka rubio de Paukartampu.....	Luis E. Valcárcel
Página lírica.....	Rafael Maya	No fornicarás.....	Ella
La ley frumentaria de Cayo Graco.....	Arturo Rosenberg	Qué hora es...?	
Rafael Maya.....	B. Sanín Cano	Gráficas de productos notables.....	Gonzalo Sánchez Bonilla
		Tablero	
		La Edad de Oro	
		Días de ocio en el país del Yann (3).....	Lord Dunsany

EN 189, Mr. Blaine, estadista de rasgos napoleónicos y de ambición imperialista, soñó en una vasta construcción política que asociaría a todos los pueblos del Nuevo Mundo en pie de perfecta igualdad. Sucesivos congresos, bajo la dirección de Estados Unidos, preparaban la unión. Así fundada, la *Commonwealth* de las naciones americanas no imitaría al Imperio británico: en su seno reinaría completa igualdad y esa fraternidad entre iguales que es signo de verdadera nobleza.

Hasta el año 1914, parecía que iba a realizarse ese plan, a despecho de frecuentes crisis y del deseo manifestado por los hispano-americanos de ampliar siempre el cuadro de sus relaciones y de sus simpatías. En declaraciones firmes y cordiales, los hombres de Estado norteamericanos habían aquietado a las repúblicas. Según ellos, ninguna ambición territorial guiaba al gobierno de Washington. Aspiraba éste a contribuir fraternalmente al progreso de las democracias del Sur, a darles la deseada estabilidad. Los viejos principios de la política europea, el equilibrio, el derecho del más fuerte, la desigualdad, parecían abandonados por el gran Estado generoso que anunciaba ya el advenimiento de la edad de oro en tierras nuevas. Maquiavelo había de ser, en América, personaje *indésirable*. Admiramos este *ignis ab integro soeclo-rum nascitur ordo*, nos pasma una extraordinaria novedad, la reforma moral del hombre y de los pueblos. En el futuro, los pequeños Estados gozarán de los mismos derechos que el más grande Imperio, las más débiles democracias serán eficazmente defendidas contra el poder más fuerte y más ambicioso. Mr. Root, en 1906, se expresó como lo haría un estoico o un místico: no queremos, dijo, más soberanía que la soberanía sobre nosotros mismos. Acaba de repetir, en La Habana, Mr. Coolidge que, en la idílica asamblea de las democracias de ultramar, sin los prejuicios y los vicios del Viejo Mundo, «la más frágil y la más pequeña tiene la misma autoridad que la más importante y poderosa».

Todo cambia después de la guerra, se abisman falaces promesas. No se ha notado bastante que el gran conflicto ha separado a la América española y al Brasil de Europa, ha condenado a pueblos que crecen y afirman sus derechos y sus ambiciones, a una suerte de aislamiento material y moral. No llega el oro europeo necesario a su progreso, a un desarrollo que no limite su independencia, se detiene la inmigración,

Panamericanismo limitado

—De L'Amérique Latine, París—



Sólo un Estado puede ayudarlos en su avance incierto y es precisamente una gran fuerza temedera. En las conferencias panamericanas se han opuesto siempre dos doctrinas y hoy culmina el antagonismo entre ellas. Una establece que América, norte sajón y sur latino, debe vivir para sí misma, ignorar a Europa o separarse de ella, para fundar, sobre nuevas bases sólidas, una civilización original. Otra concepción generosa y romántica ha sido defendida con noble tesón, de México a Buenos Aires, según la cual América vive, trabaja y prospera para la humanidad.

Nadie negará la grandeza de esta manera de considerar y preparar el porvenir, hoy más en peligro que antes. *Quis custodiet custodem*, escribía yo en 1912, en mi libro sobre las repúblicas americanas. ¿Quién podrá vigilar al gendarme que, delante de la gran estatua de Bartholdi, se ufana de desterrar a viejos pueblos desmarridos y ofrece a los hermanos del Sur la libertad en la luz, como en el verso de Hugo, una libertad restringida, bajo condición, y la luz de otro cielo, dura y fría? La interrogación se plantea hoy en toda su gravedad, porque hace veinte y cinco años, Europa rica y poderosa era baluarte natural contra posibles demasías de un Estado nuevo y altivo.

Los políticos del partido demócrata y el mismo presidente Wilson denunciaron, en diversas ocasiones, esta situación, incitaron a las repúblicas ibéricas a desconfiar del omnipotente tutor, del *Big Brother* que usa el *big stick*, pesado bastón, y cuya protección puede trasmutarse en dura hegemonía. Mr. Wilson explicaba (escuché de sus labios,

enfervorizado, la declaración) que, en la Liga de democracias americanas, habían de unirse y armarse los pueblos de origen ibérico para evitar asaltos de naciones fuertes, del «hermano» sajón también, si atacaba éste a alguno de ellos, si engendraba discordia en vez de sosiego y paz. A su vez, los Estados Unidos maridarían su esfuerzo con el de otras repúblicas en contra de la conquista y de la guerra, y aplicarían sanciones al agresor posible.

Nunca fue diseñado este justo *Covenant*. Al firmar otro los Aliados, al ser establecida, en Ginebra, la Sociedad universal, Europa abandonó a un continente mozo que se avecinó siempre a ella con amistad apasionada y sencilla. Los vencedores de la gran guerra renunciaron a intervenir en los negocios de América, cedieron créditos y esperanzas, aceptaron todos los aspectos de la doctrina de Monroe, las combinaciones originales del derecho y de la fuerza, de la predicación humanitaria y de la invasión provechosa. En el porvenir, sobre una parte del mundo, esperanza del Occidente enflaquecido, reinaría una sola potencia soberana, aquella que había proclamado, en 1905, que era suprema, *paramount*, en el continente americano, según la expresión del secretario de Estado Olney. Imaginamos al tentador que, para atraer a Estados Unidos, bastantes indiferentes a la crisis sangrienta de Europa, les ofrece, desde un mirador desdeñoso, la posesión de tierras en las cuales crecerá indefinidamente su poderío.

Pero olvidando así el plan de Canning, Inglaterra y los pueblos asociados a ella se minoraban. El célebre ministro, hace cien años, llamó América a la libertad para restablecer el equilibrio del mundo antiguo y vencer a poderes reaccionarios unidos en Santa Alianza. Renunciando a defender ahora la independencia de América, aquellos estados turbaban el equilibrio nuevamente y trastornaban la jerarquía de las grandes naciones, con mengua del lugar que en ella ocupan los pueblos latinos y parte de la familia sajona.

Por desgracia, los norteamericanos favorecidos por Europa, carecen, en este período de su crecimiento político, de tacto y de mesura. No es suyo el alto don político de los ingleses. Gran Bretaña, a principios del siglo, llevó paz, como árbitro, a Argentina y Chile divididos por un pleito de fronteras. Recientemente, en un conflicto fundamental, el de Tacna y Arica, que ha apasionado al Nuevo Mundo y entristecido a un noble pueblo por espacio de cuarenta

años, el gobierno de Washington no ha sabido imponer justicia. Este poder se siente digno de la misión romana, se cree llamado a establecer orden y armonía, pero en vano se ha esperado de él el ineludible *debellare superbos*. M. André Tardieu ha escrito, hace poco, en un admirable libro, que, para arbitrar y dirigir, necesita humanizarse.

Entre tanto, nadie puede detenerlo, sino el mismo o la sensatez de las repúblicas meridionales. Confesemos que no interviene sino donde halla desunión, que respeta a los pueblos concertados. Como en Italia medieval y renacentista, es el Podestà para democracias con proclividad a la anarquía, al suicidio político, a una sumisión que no exige la nación septentrional, porque, fuerte y altiva, ama el *fair play* y cierta rudeza en la defensa de la dignidad amenazada.

De las discusiones de La Habana surge un panamericanismo limitado, restringido. Se transforma para adecuarse a nuevas condiciones de un continente que otra vez va a conquistar su independencia, como si se cumpliera en su destino la lección de Goethe, o sea que la libertad no es un bien de

que podemos disfrutar, adormidos, en dulce reposo. América indo-española ha de contar naturalmente con el gran pueblo nórdico, respetar un hecho fundamental y resistente, uno de esos *stubborn facts* a que se refería siempre William James, la existencia de una nación enriquecida, ambiciosa, poderosa, acreedora de Europa, sin rivales, sin enemigos, a la cual le ligan evidentes vínculos geográficos y económicos pero, en el orden del espíritu se separa de ella sin amargura y con decisión. Aun en Cuba, donde reinan sentimientos tan naturales de gratitud y de adhesión a Estados Unidos; en Puerto Rico, a pesar de la anexión, subsiste la influencia española y los mejores espíritus se dirigen a Europa y a sus realidades morales. Nuestra América es provincia ultraoceánica del Viejo Continente, de sociedades con pátina, mesuradas y ennoblecidas por los siglos que conservan el gusto de la calidad y de la diversidad. Se acercarán de nuevo estas sociedades, multiplicarán entre sí relaciones de cultura; se enriquecerá la urdimbre, se extenderá a todos los dominios la amistad avigorada, y así ganará el mundo en gracia, en variedad y en libertad.

Francisco García Calderón

Noticia de libros

Un libro de Blanco-Fombona

a) Tragedias grotescas

En la obra de Rufino Blanco-Fombona hay un vigoroso espíritu combativo. Tácita o expresa, una protesta. En sus libros—cuentos, novelas, ensayos, poesías—es visible una suerte de indignación provechosa al arte. Un ímpetu, el coraje, la pasión. Rufino Blanco-Fombona ha hecho un estilo peculiar sincero, siguiendo fidelísimo la gráfica de su ánimo. Tan fiel ha sido a sus reacciones, que no ha logrado todavía la manera, el amaneramiento. Sus años de trabajo no han conseguido romper en él la prístinidad. Escribe siempre tan leal consigo mismo como la primera vez. Realiza sus obras fogoso, enamorado. No utiliza propias fórmulas, propios clisés, maneras que descubrió el escritor en sus años de aprendizaje. A cada momento, Rufino Blanco-Fombona se muestra joven, inquieto y verde. Joven: Con la gracia impetuosa, con el espíritu abierto, desbocado. Inquieto: Con avidez artística insaciable, tocando todos los temas, todos los géneros, ganancioso de los cuatro puntos cardinales. Verde: Ajustando su estilo a la materia de trabajo, descubriendo valeroso para el tema a tratar una expresión idónea, rehusando descubrimientos expresivos inadecuados en el momento...

Rufino Blanco-Fombona posee sobremedra las cualidades esenciales para no ser nunca—elogio para él—un académico. Un temperamento como el de Fombona se produce, en la prosa, de modo irregular. Está tan próximo al acierto definitivo como a la pifia. Su obra es un paisaje-síntesis, una carta geográfica de todas las latitudes. Recorrer la obra de Fombona es aventurarse por un camino aventurero literario, al borde del cual crecen árboles corpulentos, o arbustos, o limoneros, o ásperez cardos castellanos (castizos). No hay geometría en ese original camino de Blanco-Fombona, ni sentido parco, urbano, ni sometimiento a las fórmulas académicas, preceptistas. Fombona, americano, ha descubierto su continente literario, inabordable, de suyo, refractorio a la colonización. Yo me complazco en con-

templar la obra de estos escritores—como Fombona, como Gómez de la Serna, como Apollinaire—aislados en su propia isla, aislados. Escritores cuya obra se ofrece al público con un rompecabezas personal, despidiendo inhumana las pobres embarcaciones que se le allegan miméticas...

No quiero definir a Fombona por su raza. Hay un fetichismo racial en cierta suerte de definiciones, generalmente ofensivo. Un hombre no es una planta, ni un ser adscrito fatalmente a una serie lógica, siempre igual, de movimientos. La individualidad—o la libertad, la personalidad—culmina en el artista, el hombre menos explicable por su región. A veces, se observa en éste, cuando más, reminiscencias raciales, gestos o expresiones peculiares en un punto del globo, modos de reaccionar como genuinos—aparentemente—en una zona... Pero hay que dudar mucho de todo esto. Hay que rechazar ese modo de explicación por cómodo, también por ofensivo. El espíritu combativo de Blanco-Fombona es—se dirá—americano. El espíritu combativo de Blanco-Fombona es—se debe decir—de Blanco-Fombona. La naturaleza de *Tragedias grotescas*, su gesto, su postura, su decidida actitud en contra es—se dirá—peculiar de la América hispana. La levadura de estas novelas cortas es—se debe decir—de su autor.

Tragedias grotescas continúa el «no me resigno, que se resignen los esclavos», peculiar de las obras de Blanco-Fombona. Es curioso en este escritor su actitud—artística y brava—de indignado. La inspiración parece sobrevenirle como un arrebatado del espíritu. Su arte es un arte de reacción. Sus páginas mejores, más estéticas, huyen hacia una lejana y bondadosa constelación de justicia. Sus más buenos períodos están hechos de amor y de odio, de apetencia y de repulsión. Así, estos cuentos—sentidos, padecidos... Y realizados en prosa castellana, como un viento huracanado del alma.

b) Coros de Mediodía

El último libro de Rafael Maya, que en limpia y severa edición acaba de aparecer, no sólo consolida su prestigio, sino que en cada uno de quienes somos sus admiradores silenciosos, sin informaciones ni autoridad para razonar nuestra predilección, reafirma aquellas cualidades que nos encantan y nos seducen. Al contrario de lo que suele suceder casi constantemente, las poesías de Maya ganan con la colección; es que en realidad, ellas son simples estrofas de un vasto poema cuyas partes están ligadas íntima e indisolublemente por una secreta armonía, por una cadencia idéntica, por un pensamiento que se bifurca y se desenvuelve sin quebrarse. Es en esta última obra, como es lógico en un proceso incesantemente ascensional, donde Maya culmina como el poeta de las insinuaciones trascendentes, de la sugestiva penumbra, de la palabra profunda y grave, cargada de interpretaciones; como el poeta pensativo, estremecido ante los enigmas circundantes, y que logra poner un halo de misteriosa vaguedad, de mística inquietud, de inexplicable reminiscencia, en todos los asuntos, que toca su arte.

Aparentemente, si tomásemos en serio el estridentismo insensato que predomina en ciertas manifestaciones, Maya no debería ser el poeta de su generación. Lo es, sin embargo, por obligado y general consentimiento, porque su frágil, exquisita y voluble sensibilidad, fuente de sus más sagaces aciertos líricos, da un eco mucho más fiel de la zozobra que sufre nuestro tiempo, que las audacias de un áspero materialismo deportivo que se hacen pasar por la única interpretación del momento. Maya, como era ineludible, se ha hecho su retórica, se ha trazado sus cánones, se ha concedido magistralmente sus licencias. No es el esclavo de las viejas normas, ni un demolidor de oficio que tenga la pueril vanidad de las contorsiones exóticas. Su verso de terciopelo, lento, asordinado, de una anchura y plena orquestación, es el verso insustituible para el sentido cósmico, para el afán ultraterreno, para la obsesión sintéticamente humana que corren por la poesía de Maya. El está reñido por fatal vocación con los temas pasajeros, con los retozos simples de la literatura de salón. Su espíritu se lanza como una flecha imantada hacia las cuestiones supremas, hacia las máximas preocupaciones, la vida, la muerte, el amor. Y la voz del cantor, apasionada y trémula, vacilante, va cobrando tonalidades cada vez más ricas y variadas. El hombre, manojito de dolores, vibra allí con toda la vehemencia de sus desencantados anhelos. Hay un sollozo sofocado por el orgullo, no por la hipocresía, en estos versos de humildad imperial; en estos versos de carne, que no son la vieja droga del laboratorio poético, sino quejas y alaridos, gritos del corazón. Claro es que en estas puras elegías no hay el ímpetu de cierto romanticismo. El símbolo diáfano envuelve en su peplo la tragedia viva, desvanece contornos, impersonaliza con pulcro decoro. No se trata de aquellas repulsivas autopsias que atormentan al lector desinteresado, sino del fondo, de la esencia inmortal, del panorama desolado en donde se mueven como sombras sonámbulas, las almas sedientas de todas las edades. La genialidad propia de Maya, anclada en las oscuras e insondables profundidades de su ser, consiste en la sutil delicadeza y en la maravillosa precisión con que su verso va derecho al centro sensitivo y despierta ahí una memoria doliente, una angustia que parecía anestesiada. En la selva negra de nuestros callados recuerdos, la poesía religiosa de Maya, escrita para sacudir lo subconsciente, pasa como una racha fría que levanta la tempestad en las frágiles e innu-

E. Salazar y Chapela

(La Gaceta Literaria, Madrid).

merables antenas con que nuestras almas sondean el infinito. Hay una sensación de más allá en estas páginas, de esferas desconocidas, que sería imposible no sentir. Estos versos, leídos lentamente, en recogimiento propicio, son versos de purificación. En ellos triunfa una concepción austera de la vida; no una concepción de estéril renunciamiento, sino de sublimación estética por la templanza que acendrar los jugos del placer. De ahí que también sean versos luminosos, de una castidad inefable, en los que se exalta la fiebre de creación provocada por el triunfo gallardo de un divino vaso de deleite.

Ciñan la frente melancólica del poeta los punzantes laureles; ríndale la juventud el homenaje discreto que merece su genio reservado y altivo; beba el gran público en el cántaro pulido de este libro una pura agua que lava los pecados de concupiscencia y de bastedad espiritual. El, entre tanto, enamorado del suelo y del sueño, dirá con Alfred de Vigny:

Laissez-moi m'endormir du sommeil de la terre!

Armando Solano

(El Espectador, Bogotá).

Un libro de Araquistain

c) La agonía antillana

QUE extraña mezcla de influencias, qué bosquejo enmarañado de impulsos en nuestra civilización! Dominada por una raza—la llamada blanca por ser de un color que va del rojo sangre al amarillo bilis—, raza que encubre unas entrañas salvajes con una piel de cultura, nuestra civilización lleva por todas partes el orden mecánico junto con el desorden ético, la prosperidad unida a la pobreza, la generosidad en contubernio con la sordidez, y todo ello con una intensidad que no ha sido igualada en los tiempos históricos. De todos los pueblos blancos quizá el que más claramente permite observar este revoltijo sea el norteamericano, pueblo que por su vitalidad, por la índole heterogénea de su étnica y por su juventud, deja brotar al descubierto todo lo que le ronda en sus profundidades.

«Yo siempre fui de los que creen y dicen que América (es decir, los Estados Unidos) debe permanecer fuera de la Sociedad de Naciones, porque podemos servir mejor a la humanidad fuera que dentro», me decía uno de los convidados a una cena en casa del anfitrión que me alojaba en una gran ciudad del Este norteamericano. Roguéle que me explicase opinión tan singular, y cuando se hubo adentrado bien por el terreno resbaladizo que había escogido, le disparé—con esa saña que sólo conocen los verdaderos pacifistas—: «Mire usted, a mí no me molesta que adopten ustedes la política de Bismarck, pero si el lenguaje de Jesucristo».

Estos dos elementos de la política internacional moderna actúan en todos los países en distintas dosis, pero en Norteamérica con singular vigor. A veces se dan juntos. Cuando Lansing, secretario de Estado con Wilson, que sabía perfectamente que su colega de Marina, Daniels, tenía la garra echada al gañote de Haití, enviaba a Europa un mensaje de Navidad que parecía redactado por San Francisco de Asís. El propio Presidente Coolidge, en discurso reciente, afirmaba que los soldados de infantería de Marina norteamericanos se hallaban en Haití y Nicaragua a petición de los Gobiernos respectivos, cosa que Mr. Coolidge, a pesar de llamarse Calvino, sabe no poder defenderse como verdad verdadera, y si sólo como verdad técnica, que es como ahora se

llama eso que en los mandamientos de la ley de Dios lleva nombre más sencillo. Otras veces, lo cristiano y lo bismarckiano se dan separadamente. Roosevelt era un bismarckiano sin ambages: *I took Panama*, declaró *urbi et orbe*, y se quedó tan fresco. En cambio, al menos tal es la convicción que he adquirido después de mi estancia en Norteamérica, la mayoría de esa minoría que, como en todo país, se ocupa y entiende de política extranjera, es en los Estados Unidos generosamente cristiana en su inspiración. Este hecho me parece de una importancia capital.

La agonía antillana, el admirable libro de Araquistain que motiva estas líneas, estudia los progresos y efectos de la política bismarckiana en el continente americano. Tengo la profunda convicción de que este libro tendría en los Estados Unidos un éxito tan grande como se merece si, convenientemente adaptado, se tradujese al inglés. Los españoles libres de espíritu han sido siempre y son hoy modelo de objetividad en su manera de tratar cuestiones internacionales. Lo que sobresale en el libro de Araquistain no es sólo ese haz de cualidades que son en él ya harto conocidas—la lucidez de exposición, la agudeza de observación—, ni siquiera otras menos corrientes en el periodismo español y aquí honrosamente a la obra, como la seriedad e industria de la documentación—, sino la imparcialidad, la honradez intelectual, el valor moral y cívico para decirlo todo, aun lo más amargo. Y luego, la virtud que quizá hace posible tanta abnegación mental: el sentido, no ya histórico, sino serenamente filosófico que inspira la visión de las cosas.

Y que las cosas no son de lo más sonrosado, ciego será quien no lo vea. Lo más triste para quien ha intentado llamar la atención del norteamericano sobre los sucesos deplorables del continente es la impresión de que no se tienen bien guardadas las espaldas. Defiéndase a Nicaragua, y ya saldrá un nicaragüense para afirmar que la política

de Washington es inmaculada. En una palabra, como Araquistain observa, la actuación más imperialista de Washington puede contar siempre con colaboradores dentro del país cuya soberanía se trata de cercenar. Recordemos a nuestros germanófilos de hace unos años, encantados de que les echaran a pique los barcos españoles, y limitémonos a sonrojarnos por la debilidad del sentimiento colectivo en la raza hispánica.

Y como compensación apoyémonos en el admirable elemento cristiano que encierra la gran república comercial e ideomaterialista del Norte. Permítaseme una nota personal, por lo que tiene de honrosa para el país cuya política acusamos. El que esto escribe llegó a Nueva York el 28 de diciembre de 1927. El 8 de enero daba una conferencia en el Cosmopolitan Club sobre el tema objeto de estas líneas; entre los oyentes figuraba una de las figuras más nobles, más inteligentes y más finas de la prensa norteamericana: Walter Lippmann, fundador de *The New Republic* y hoy redactor jefe de *The New York World*. El día 16, fecha en que se abría la Conferencia Panamericana de la Habana, *The New York World* publicaba en su página editorial un artículo sobre las relaciones entre las dos Américas. El artículo presentaba el tema con el espíritu aquí expuesto. Y la firma era la que esto firma.

Existe, pues, una esperanza de que este problema, gravísimo para el porvenir del mundo y de España en particular, pueda resolverse con un criterio razonable y generoso. El poder está en ambos lados: en los hispanoamericanos, por su capacidad para solidarizarse; en los norteamericanos, por su capacidad para purificarse; la labor de los hombres de buena voluntad ha de dirigirse, pues, a ambos lados. El libro de Araquistain ha hablado a los unos. Es menester que busque ahora mayor expansión. Tradúzcalo. Diríjase a los Estados Unidos. A buen seguro que circulará allí.

Salvador de Madariaga

(El Sol, Madrid).

NOTICIA.—De *La Agonía Antillana* tenemos ejemplares disponibles. A \$ 3.50 el ejemplar.

Cartas

Para ser buen americano hay que ser buen blanco

Buenos Aires, 3 de Julio de 1928.

Señor

Don Joaquín García Monge

Mi querido amigo:

Veo en su *Repertorio* una nota remitida desde acá, la cual pretende contradecir mi aserción de que el problema del indio no existe para nosotros, porque no hay ya indios en el país. El argumento consiste en que algunos literatos argentinos escriben sobre costumbres indígenas, lo cual comprueba que aun quedan algunos indios y mestizos en parajes remotos como aquél donde se desarrolla el cuento que Ud. publica. Pero esto es forzar los términos con más dialéctica que exactitud. Hay, como Ud. verá, más indios en las reservas de los Estados Unidos que en la República Argentina, sin que política o socialmente —y tal fue el concepto de mi aseveración— pueda contárselos, para sostener que no es aquél un país blanco donde el problema indio no existe. Ni los negros, con ser mucho más, alterarían ese concepto; y le menciono este detalle porque acá también quedan algunos —con sus correspondientes mulatos— sin que esto influya sobre el índice racial. Proporcionalmente a la respectiva población, hay más negros en París que en Buenos Aires.

Pero sucede que acá como en los Estados Unidos, el nacionalismo sentimental de algunos escritores trata con preferencia el tema indio, exagerando un poco los rasgos, idioma y psicología del tipo predilecto, en razón de su progresiva insignificancia. Dichos escritores son, por lo general, metropolitanos, y su actitud comporta una reacción sobre la neutralidad cosmopolita de la gran capital moderna, ávida de exotismo como todas. El descubrimiento del propio país resulta, así, una aventura; y como el éxito de tal empresa consiste en el hallazgo exótico, la predisposición ponderativa viene a engendrar la novela. Insisto en que todo es literatura con influencia cinematográfica. De tal suerte, el cuento que Ud. publica, obra imaginativa por definición, revelaría, si se lo tomase como realidad, la existencia de un odio de razas—indio contra blanco—entre los pobladores de nuestro extremo Noroeste. Pero no hay tal. Aquellos dudosos «indios» del Atacama, ni quieren serlo, ni son otra cosa que ciudadanos argentinos muy satisfechos de su nacionalidad que disfrutan como todos sus compatriotas en la plenitud del derecho y del deber. Sus costumbres, supersticiones inclusive, son imposiciones del medio ambiente, con mucho más carácter español que indígena, en todo caso,

a empezar por su acendrado cristianismo. Lo que hay de más antiguo en su organización agraria y social, proviene de las Leyes de Indias...

Hasta unos veinte años ha, en cierta comarca de nuestra provincia de Santiago, que comprendía la misma capital, se hablaba quichua, porque la conquista española de dicho territorio se hizo con fuerzas del Perú. Pero toda la población era blanca y nadie quería ser indio por eso. Igual pasaba en la provincia de Corrientes con el guaraní, lengua exclusiva de las Misiones Jesuíticas que comprendieron una parte de ese territorio. A despecho de la literatura sentimental, allá y en todo el país, especialmente entre la gente de campo, «indio» es un insulto. Veamos, ahora, en que consiste nuestra población india.

Aceptando como tal la del Atacama, serán dos mil individuos. En ciertos valles de la Cordillera Austral quedarían unos cinco mil: restos dispersos y moribundos de la grande indiada guerrera, prácticamente exterminada, cincuenta años ha, por la ocupación de la Pampa y la Patagonia que llamamos la Conquista del Desierto. Esos indios son también ciudadanos como cualquiera de nosotros. En el extremo Norte, vagan por la selva limitrofe con Bolivia y el Paraguay, algunas tribus a las cuales pertenecen ciertos grupos de escasa importancia que los misioneros franciscanos han conseguido fijar. No sabemos cuántos individuos son, ni es posible atribuirles nacionalidad, porque a cada momento pasan la triple frontera antedicha; pero no creo que excedan de veinticinco mil los que así habitan el territorio argentino. Pongamos, para abundar, cincuenta mil entre todos los mencionados. Vea Ud., lo que resulta para diez millones de habitantes organizados y unidos. La constitución argentina, sancionada setenta y cinco años ha, prescribe el trato pacífico con los indios y su conversión al catolicismo por agencia federal. Todo esto hállase ahora reducido a la misión franciscana del Norte. Corresponde añadir que esas tribus errantes hállanse también en proceso de extinción. Las enfermedades y el alcohol acaban rápidamente con ellas.

Fuera, pues, de la literatura imaginativa, el indio nada significa ni cuenta para nada aquí. Este es el hecho que su propio correspondiente reconocerá, seguramente, en homenaje a la exactitud. Dicha condición, indispensable a quien escribe, indúceme a dirigirle esta carta, una más, como Ud. vé, que motivan mis abundantes contendores.

Vaya, para final, una reflexión bien argentina: el americanismo, como toda fórmula política, y más aún si reviste carácter internacional, no es cosa de indios sino de blancos. La América política, no es de los indios sino de los blancos que la conquistaron sobre aquella raza inferior en la aventura más prodigiosa de la historia. Desde entonces es América y entra a contar en el mundo civilizado. La raza que no supo defenderse de un puñado de invasores ante los cuales fué ganado de servidumbre o de matadero, mereció su destino. Nuestra Conquista del Desierto, fué, acá, el último capítulo de esa operación secular. Porque, insisto en que América es aquello, a empezar por su propio nombre: una conquista.

Para ser buen americano hay que ser buen blanco. El buen indio será un tehuelche, un aymara o un tupí. La misma literatura sentimental que lo culliva, es creación de escritores blancos...

Soy siempre su amigo affmo.

LEOPOLDO LUGONES

A propósito de Gómez Carrillo

Any absolute work of art which serves no other purpose than to stimulate an emotion has about it a certain luxurious and visionary taint. We leave it with a blank mind, and a pang bubbles up from the very fountain of pleasures. Art, so long as it needs to be a dream, will never cease to prove a disappointment.

George Santayana

Sr. D. Napoleón Pacheco,
París.

El tono de su carta rebatiendo algunos conceptos de la que escribí a García Monge es lo bastante sereno y gentil para que acepte su invitación a discutir, sin miedo de que la controversia adquiera un acento demasiado personal.

Ante todo comenzaré por preguntarle: ¿De dónde saca Ud. que yo haya renegado de la cultura francesa para adoptar la americana? Si Ud. vuelve a leer mi carta con algún detenimiento verá que no es justo hacerme el cargo de semejante apostasía. Mi admiración por los grandes maestros franceses, lejos de padecer eclipse, ha aumentado con los años que le llevo a Ud. de ventaja. Soy el mismo devoto de Renán que fué cuando joven en peregrinación por las costas de Bretaña buscando los rastros de su espíritu, y de aquel otro gigante del pensamiento cuyo centenario acaba de celebrarse. Desde aquí, desde esta vieja ciudad americana, he visto complacido con qué inmensa reverencia saludó el mundo sajón la memoria del autor de *l' Histoire de la Literature Anglaise*, uno de los más hermosos esfuerzos, a pesar de sus limitaciones, del alma gala por entender el alma inglesa. Y por cierto que ese empeño de Taine no ha sido el único, ni ha quedado aislado y rezagado en los archivos literarios de Francia, sino que por el contrario, dos ilustres *scholars*, Legouis y Cazamian, han venido a renovarlo y superarlo en nuestros días. A Guyau, que Ud. cita también en su carta, confieso con rubor que no le conozco más que de referencias, pero en cambio últimamente, a indicación de profesores yanquis, he leído a Fustel de Coulanges y al sabio y delicioso Gastón Boissier. Ya vé Ud. que no he renegado ni hay peligro de que reniegue de mis antiguos entusiasmos debido a las influencias del medio americano. Si alguna cosa distingue a estos Estados Unidos es su inmensa curiosidad por lo que se hace y se piensa en otras partes. Claro es que me refiero a los hombres de estudio y que sienten alguna preocupación intelectual. A cada momento se están publicando en los periódicos y revistas, no sólo comentarios sobre autores extranjeros, sino artículos originales de esos mismos autores. Y no contentos con esto los colegios y sociedades literarias, les hacen venir en carne y hueso para oírles lo que tengan que decir. El número de estos viajeros de comercio intelectual es enorme y no sería aventurado decir que es de Francia donde nos llegan los más. En Harvard, por ejemplo, no se pasa un invierno sin que venga un universitario de allá a ocupar alguna de sus cátedras, y lo mismo es verdad con respecto a Yale, Columbia y las demás universidades. Pienso en fin que en punto a provincialismo más de un país europeo quedaría más mal parado que éste si fuéramos a estudiar las cosas de cerca.

No ha habido pues tal apostasía de mi parte. De lo que yo reniego y renegaré siempre con toda la fuerza de mi entendimiento es de los literatos del Boulevard, de las glorias de café y de su literatura de pacotilla, que es cosa bastante diferente de la sabiduría francesa y que hizo la delicia durante toda su vida del pobre Gómez Carrillo.

En el fondo simpatizo con la actitud de Ud. al defender a su amigo y no quiero que se imagine que me gusta restregar sal en

su herida recién abierta, pero si he de ser sincero, debo decirle que no me ha convencido, ni convertido mucho menos, al culto de su maestro. Por el contrario, estoy casi seguro que a Ud. le pasará esa fiebre con el tiempo y llegará un día a sonreírse de haber llamado maestro a un cronista más o menos hábil de las modas literarias de París. Ahora, embrujado como está por la personalidad pintoresca de Carrillo y por la influencia de esos cenáculos parisinos, ve Ud. una montaña donde no hay más que una topinera.

Si le quitáis a Virgilio, preguntaba Coleridge, su dicción, ¿qué le queda? Esta es una buena pregunta de hacerse uno a sí mismo al valorar las admiraciones literarias. En cuanto a Virgilio, me parece a mí que siempre puede contestarse: Mucho (el placer de los campos, del sol y de las aguas, una suave melancolía y una zozobra profética del futuro.) De Carrillo en cambio huy que contestar por fuerza: Muy poco, casi nada (bohemia, alcohol, amores ligeros, sensaciones de viaje que son más bien excursiones piráticas a través de otros autores, misticismo de segunda mano.) Eso es lo que queda de Carrillo cuando se le despoja de todos sus artificios. Su obra recuerda esos letreros eléctricos de Broadway que de noche parecen tan espléndidos y de día dan una impresión entre ridícula y lastimosa. Yo sé que todo eso hace y seguirá haciendo la admiración de muchas gentes, pero no me resigno a que pase con la marca de excelente. El asunto depende del punto de vista en que uno se coloque. Si consideramos la literatura apenas como un juego palabras, una fantasmagoría sin sentido espiritual y sin trascendencia ninguna, Carrillo puede pasar por un hombre de letras, pero si creemos que el arte tiene una función superior, que no es la de divertir únicamente, o halagar la parte más innoble de nuestra naturaleza, sino la de inspirar en nosotros ideales de conducta y de carácter, Carrillo es culpable del peor de los pecados según el Evangelio, el pecado contra el Espíritu Santo, pues que no supo hacer uso de su talento más que para poner cátedra de futilidades y fantasías enfermizas.

Otra cosa que parece desprenderse de su carta y que no quiero pasar sin rectificar es mi desestimación de Darío, Lugones y Rodó, escritores por quienes siento tanta admiración que me parecería blasfemia pronunciar sus nombres con el mismo aliento con que se pronuncia el de Carrillo.

El genio de Darío es ya un axioma para todo el mundo y su obra y su influencia son innegables. Otro tanto se dirá en breve de Lugones. En lo que respecta a Rodó, ¿cómo es posible desestimar la serenidad y altitud de su pensamiento y el encanto de su prosa ordenada y armoniosa cual un templo griego? Ahora mismo acabo de leer en Havelock Ellis una página sobre el filósofo uruguayo y su concepto del sentido moral como un aspecto del sentido estético, que vendría muy al caso recordar con relación a lo que estamos discutiendo. Rodó si que se había formado una idea noble y cabal del arte, bien distinta por cierto de la de tantos buhoneros de baratijas literarias! En vez de desestimarlos, yo le admiro cada vez más y me complace y conforta que su nombre vaya ganando el reconocimiento que merece entre los espíritus superiores de la tierra. Allí tiene Ud., amigo Pacheco, al ilustre autor de *The Soul of Spain* ocupándose con amor e interés genuino de uno de los próceres de nuestra lengua cuyos libros se traducen y comentan en este país. Ud. que me achaca mi supuesta desestima de los autores de mi raza al influjo americano! Que diferente esta actitud de un Havelock Ellis a la de un Anatole France embarcándose para Buenos Aires, tal como nos lo describe Brousson, sin saber una palabra de Sud América, sin ganas tampoco de apren-

der nada, juzgando con una ligereza sólo comparable a su ignorancia de las cosas y de los hombres que veía, y riéndose por dentro del entusiasmo ingenuo de que era objeto!

No vaya ahora a acusarme de que intento demeritar a Anatole, quien puede que no haya sido el gran hombre que dicen sus entusiastas, pero que era sin género de duda un gran hombre... de letras. Monsieur Bergeret, lleno de humanidades y de espiritualidad, es todavía una de mis debilidades. Me hace gracia hasta imaginármelo recitando versos de Racine en las calles de Buenos Aires! Pero me parece que ya es hora de acabar con la superstición que existe entre nosotros por todo lo francés y que nos lleva a descuidar lo propio, a dejar de cultivar el trigo nuestro campo para ir a recoger cizaña al ajeno. Tal admiración irracional nos hace más ridículos aun, que si nos echáramos a rebuznar como temia Lugones. Estadíemos y aprovechemos lo bueno que Francia nos ofrece, pero usemos discriminación en nuestros gustos y discreción en nuestros entusiasmos. No hagamos más el papel estúpido que hasta aquí hemos venido haciendo, de poner sobre nuestras cabezas, como oro en paño, una porción de tonterías de que se ríen los mismos franceses discretos. Baroja tiene razón de indignarse contra los sudamericanos que devoran los libros del mediocre Marcel Prevost y no leen uno sólo de Pérez Galdós, y de llamar al nuestro el continente tonto.

Cuentan de Bismark que pedía una novela francesa cualquiera, la que más a mano estuviese, cuando quería perder el tiempo, más nosotros debemos escoger lo mejor dentro de una literatura tan rica y admirable y no dejarnos sorprender por grandezas de oropel ni entusiasmar por dadismos y demás idiotismos. Hace poco lei en 1928, la revista que dirigen mi admirado amigo Mahach y otros muchachos de la Habana, un poema al *Bidet* que me pareció el colmo de la tontería y de la vulgaridad, pero que probablemente es el primer eco en nuestras letras del *dernier cri* de París.

Contra estas cosas es contra lo que he lanzado mi grito de protesta en la esperanza de que una voz más autorizada que la mía despierte el interés de nuestra juventud por una literatura limpia, sana, dominada por ideales de verdad y no por lubricidades de monos o ramplonerías de lunáticos. Hay que enseñarles a los jóvenes las ventajas del aire fresco, del sol y del agua en la literatura y hacer que tomen en aborrecimientos ese arte astroso, noctámbulo, desordenado y refido con la verdadera vida, que tiene su sede en un café, aunque sea un café de París.

En este sentimiento está inspirada mi carta a García Monge. Si en ella indiqué como más provechosa a los jóvenes la lectura de un Kipling, cuyo *Kim*—cien veces más interesante que muchos dramas del gran mundo parisiense—no tiene una sola alusión al sexo, es porque pienso que nuestra juventud necesita más de lecciones de energía, disciplina y esfuerzo que de historias mundanas, y no porque quiera sentar plaza de puritano. Puritano sería la última cosa que quisiera ser en esta vida, sobre todo después de ver de cerca los lariseísmos que a veces encubre. No me asusta el arte que describe hogradamente los instintos humanos por bajos que ellos sean, y los conflictos que esos instintos producen. No he leído aun a Proust, mas espero leerlo alguna vez y enriquecer mi experiencia intelectual con lo que diga este vagabundo observador de las aberraciones sexuales. De Blanco-Fombona acabo de leerme de un tirón su *Mitra en la mano*. Es una novela fuerte, pero está escrita de buena fe, esto es, con sinceridad y con nobleza. Ojalá que el premio Nobel, que están pidiendo para él sus amigos de España y América, venga a coronar pronto la carrera del gran venezolano.

Lo que yo odio es la vulgaridad, aunque me la doren y me la embellezcan con todos los colores del arco iris. En lo que leo me gusta buscar la sustancia, la visión del artista, y no pagarme sólo de artificios de estilo. La hojarasca podrá placar a la vista un momento cuando en ella pone sus matices el otoño, pero está llamada a podrirse pronto al pie del árbol. Sólo el fruto que puede apagar el hambre y la sed de los hombres cuenta a la larga.

Ud. habla de los malos prosistas españoles anteriores a Carrillo, quien en su opinión vino a revelarnos el arte de escribir echado a perder por uno que no conocía otro arte que el de hablar. Quisiera preguntarle quiénes son esos malos prosistas. Yo en ese momento evoco en mi memoria a un don Juan Varela y un Leopoldo Alas y pienso que los cuentos del uno y las novelas del otro abogan con mejor derecho a mi admiración, por lo menos, que las *Bohémias Sentimentales* y los *Evangelios del Amor* de Gómez Carrillo. Ellos nos dieron a beber el buen vino de la tierra de España, que yo prefiero a los breves venenosos de fábrica francesa aunque se sirvan en copas irisadas de cristal de Bohemia.

Le estrecha la mano su amigo y compañero.

MARIO SÁNCHEZ

Boston, 13 de julio de 1928.

Digo lo siguiente

Lima, 13 de julio de 1928

Señor García Monge:

Muy escasas son las páginas del *Repertorio* para albergar las grandes y bellas cosas que, por lo general, reúne Ud. Mezclar con ellas cuestiones mezquinas, me parece casi una profanación. Ante la carta de don J. S. Chocano publicada en el N.º del 16 de junio creo, sin embargo, indispensable en respuesta a los párrafos de ella que a mi y a mi anterior carta a usted conciernen, decir lo siguiente:

1.º Yo publiqué un artículo de valoración literaria donde aludía al arte de Chocano. Este, al cabo de poco tiempo dió una conferencia en la Confederación de Artesanos donde dedicó un párrafo a los «criticomaniacos que producen las Bibliotecas» evidentemente dirigido contra algún habitante de Sirio (Pag. 7, col. 1 de *El Sol* de la mañana del 8 de noviembre, 1927). Luego sólo su profunda pasión por la verdad lo llevó a dar otra muestra de indiferencia, poniendo en conocimiento de usted, con quien yo no tenía relación personal, que yo no había sido apresado por el estudio que publiqué sobre la penetración yanqui en el Perú, a pesar de que yo no me había preocupado por divulgar en el extranjero noticia alguna sobre esa prisión. Y como carezco de toda importancia, ambulé por las calles, pertrechándose de certificados de buena conducta.

2.º He dicho ya que pertenezco al personal de la Biblioteca Nacional. Usted es también o ha sido bibliotecario en Costa Rica.

3.º Decir que mi revisión de la intervención yanqui es extracto de un solo libro sobre análogo tema es muy natural; a pesar de que han escrito sobre él, entre otros, Graham Stuart, Isidro Fabela, Máximo Soto Hall, Samuel Guy Inman, F. Esquivel Obregón, Manuel Ugarte, Luis Araquistain etc. y aunque nadie había estudiado ese fenómeno a través del Perú. Así también *Alma América* es plagio de Andrés Bello por la mera razón de que se ocupa de la naturaleza continental; y las cartas de Chocano a usted son plagio de las epístolas de San Pablo. Igualmente, descubrir que ha sido extractado de otro empleado de gobierno (González Prada) mi artículo de valoración literaria—que reprodujo *Repertorio*—revela bondad y serenidad, puesto que ese artículo se refiere casi íntegramente a personas y cosas pos-

teriores a la muerte de dicho emperado de gobierno.

4.º Cabe discutir, pues, lealmente con Chocano, inclusive sobre su posición política y personal, siempre prístina. La conciencia de América no ha pronunciado contra él, el más tremendo veredicto de descalificación. Basta la firma de dos distinguidos arqueólogos para borrar de la conciencia de todos, algo que es historia contemporánea: las actitudes de Chocano en 1922, 1923 y 1926. Debido a su absoluta independencia es que en la última legislatura se presentó un proyecto para encargarle la confección no ya de otro poema, sino de la *Historia de la Patria Nueva*. (El director del Instituto Meteorológico y el director del Parque Zoológico certificarán que ese proyecto no se ha aprobado aún). A la vista tengo el número de *La Hoguera* de 19 de setiembre de 1927 en sus págs. 25, 26, 29, 30, 31 y 32 con elogios a miembros del Parlamento y otros políticos en auge; sin que me interese extraer de la colección de ese periódico muchos otros ejemplos análogos que podría exhibir; pero es porque Chocano es un gran panfletario contra el Parlamento Nacional. Y conste que no hago un extracto de las cuentas que desde hace años tiene con el Fisco.

Pero, hasta ya. Si en lo sucesivo respondo a Chocano con el silencio, ha de ser por una regla de ética elemental que he estado violando con ésta y con mi anterior carta a usted.

Le reitero las expresiones de mi amistad y de mi admiración.

JORGE BASADRE

La voz fraternal

Minatitlán 21 de julio de 1928.

Señor don

Joaquín García Monge

San José de Costa Rica

Mi muy estimado amigo:

En el número 23 del tomo XVI del *Repertorio Americano* aparecen las últimas cartas del asesino de mi hermano que con tanta paciencia publica Ud., y para que vea sus falsedades le envío algunas hojas de su inmundado semanario *La Hoguera* en las que aludía a los políticos sin opositores que hoy figuran en el país; y digo sin opositores, porque el que chista está deportado o preso. Podría preguntar yo a los que certifican por Chocano si le pidieron su colección de *La Hoguera* para opinar y si saben cuáles son las entradas de que vive en la actualidad tan cómodamente. No tendrían sino que callar y decirme que nadie lo sabe pero que se dice que de las partidas ocultas del presupuesto de la Nación.

A propósito de lo que se publica en el Perú quiero dejar constancia que el gran Jiménez de Asúa mandó a *El Tiempo* una carta contestando a Chocano sus necesidades que no ha visto la luz pública y que ahora he leído en su libro *Político, Figuras, Paisajes* de la colección *Historia Nueva* y que podría Ud. reproducir para conocimiento de los hispanoamericanos.

En cuanto se refiere a lo de dejarse abofetear llevando un revólver debo decirle que no se trata de eso, sino del ataque bajo telefónico, buscando la agresión resultado natural y poniendo un revólver en el bolsillo para cumplir con lo premeditado lo que consta en su carta inmundada que he fotografiado. Ahora opine Ud. y hágaselo saber. De Ud. con todo afecto.

T. ELMORE LETTS

1. Declaración.—Hemos revisado las hojas de *La Hoguera* a que se refiere nuestro hermano y veraz amigo el Sr. Elmore Letts y podemos asegurar que es cierto lo que en este párrafo afirma. Hay elogios calurosos para el Presidente de la Cámara Joven, Dr. Jesús M. Salazar y para los Diputados Sr. Ismael Apaza Rodríguez, Sr. Alfonso Delgado Vivanco, Dr. Segundo F. Sánchez, y para el Sr. Alcalde Carlos González, p. 48.

Página lírica

de Rafael Maya

—Del tomo *Coros del Mediodía*, 1928. Editorial Minerva, Bogotá.—

Semillas en la noche

¿No adviertes que en la noche
caen sobre la tierra
semillas?

Semillas de esperanzas
futuras, de misterios
que serán las verdades
de mañana.

El aire está vibrante
de gérmenes activos
en las horas más altas.
Solamente los hombres
que meditan debajo
de las lámparas mudas,
con las anchas ventanas
abiertas sobre el campo,
presienten esta siembra
y el germinar oculto
y la gran gestación
nocturna.

Ya descansa la tierra
que soportó la lucha
y el grito de la vida.
La lujuria ha escondido
sus ojos de esmeralda
en los pliegues revueltos
del lecho. Ya descienden
las alas de los ángeles
sobre la carne humana.
Lejos, entre la hierba,
asoman sus cabezas
ceñidas de diamantes
las flores.

Y caen las semillas
como cuando se mueven
las ramas de los árboles.
Y aquel que entre las sombras
espera, las recoge
y las siembra en su espíritu.
Y un día, cuando el mundo
tiende las manos locas,
se abre una gran verdad
o una gran esperanza
en los labios proféticos
del pensador.

Los hombres
lo befan y lo exaltan
sobre el ingrato mástil.
Pero siempre hay alguno
que sigue recogiendo
las semillas que caen
en la noche.

Invitación a navegar

Navigare necesse est.

Cuándo, cuándo llegará el día
en que me diga: Es necesario
navegar. Alista una nave
que tenga un timón y un palo
para colgar la vela nómada
que ha de perderse en el mar ancho

Mi raza lleva en la frente
el imperativo mandato.
Después lo grabó en su escudo
un poeta que fue corsario,
y puso un ángel con un remo
y una torre que eleva un faro.

La tibia noche de mi infancia
oyó una historia de naufragios
en que mi abuelo, que tenía
un corazón de Ulises bárbaro,
murió de viejo en una isla
comiendo dátiles dorados.

Vino después el mar medido
con el compás del verso clásico:
indómitas naves de Grecia

volaban al naval asalto,
y la memoria toda ardía
con la ciudad de los troyados.

Rítmicos grupos de mujeres
mi adolescencia despertaron
en forma de sirenas jóvenes
que llamaban mi esquife raudo
haciendo sonar en su escollo
los caracoles encantados.

Y en la dulce fiebre que flota
sobre una noche de verano,
siempre vi ciudades lejanas
curvadas a modo de un brazo
para estrechar un golfo donde
se duplican faros fantásticos.

Y este dón del interno ritmo
que ata palabras como ramos,
es lejana reminiscencia
de la marea, y de los cantos
que entonan los viejos marinos
balanceándose sobre el barco.

Pero yo nací en una urbe
hecha de granito y de mármol,
con escudos de piedra tosca
que unen la clave de los arcos,
y llena de polvo y de huesos
como un antiguo catafalco.

Lejos del mar! Altas colinas
estrechan, mudas, el ámbito.
El tiempo mismo allí conserva
su virtud de encaje plegado,
y de la espada de un guerrero
cuelgan los hábitos de un santo.

Cuándo, cuándo llegará el día
en que me diga: Es necesario
navegar. Alista una nave
que tenga un timón y un palo
para colgar la vela nómada
que ha de perderse en el mar ancho.

Yo partiré. Nubes alegres
me trazarán un rumbo claro.
Se esfumará la playa como
el curvo vuelo de los pájaros,
y ya sólo tendré delante
los mil caminos del espacio.

Y he de gritar: Adiós, oh tierra
amasada con polvo y llanto
bajo la furia de tus cielos,
y cruzada por ríos amargos
que te ciñen a la cintura
el viejo sayal de los campos.

Tú me diste tu rojo vino
exprimido en diáfanos vasos,
y abriste tus follajes verdes
para refrescar mi cansancio,
y fui tan rico bajo un árbol
como un monarca en su palacio.

Me labraste lechos de cedro
para el amor. Bajo los astros
vi mujeres de muchas razas
desnudando su cuerpo blanco
que proyectaba sobre el mundo
la sombra del dolor humano.

Corté la caña que se alza
en la ribera de los lagos
para cantar penas antiguas
o venideros desengaños,
y, sobre el cielo o el infierno,
cada verso quedó temblando
como con el peso de un ave
suele doblarse un junco largo.

Ahí mas nada será bastante
a detenerme. Un viento extraño
silba. La bruma se despeja.
Clavemos el mástil gallardo
para colgar la vela nómada
que ha de perderse en el mar ancho.

Las alas

Yo tenía dos alas,
el ala azul, el ala roja.

El ala azul era en mi hombro
como el peplo
que el huracán profético desenvuelve
en torno del brazo de las Sibilas.

Como el arco de alianza
que tiembla entre los dedos de la lluvia,
el ala azul iba en mi hombro
sembrando paz entre los mortales.

Su sombra se cernía
sobre la tierra hecha de lodo y de ceniza
como la sombra de una nube benéfica
que trae el agua,
absorbida en los ríos lejanos,
para refrescar la pradera
donde crecen las flores párvulas
y la hierba humilde
que es llevada en carretas para el establo.

El ala azul era en mi hombro
como el ala del arcángel guerrero
que defiende a los niños
y vela el sueño de las vírgenes.

El ala azul era en mi hombro
como el pabellón de flores
que protege los idilios campestres
y la púdica entrega de la doncella,
alta y flexible
como las pastoras del agreste Teócrito.

Otras veces
era como el toldo de colores
de una feria, en un pueblo alegre,
que tiene un anfiteatro de colinas
y un río
para mover las aspas de lienzo
que anuncian el nacimiento del pan.

El ala azul era en mi hombro
como la sombra de la campana
sobre el atrio evangélico de la iglesia.
(Oh, las mañanas,
cuando entre las palmas sacramentales
entraba el asno manso
a beber el agua del cielo
en los tazones de piedra).

El ala azul era el misterio
de la tarde sobre el valle humoso
donde parpadean las ventanas
ante la lejanía del cielo
que se recoge en el horizonte
como un velo lleno de flores extrañas.

El ala azul era en mi hombro
como el ala del sueño
caída sobre el mundo.

Yo tenía dos alas,
el ala azul, el ala roja.

El ala roja era en mi hombro
como una llama,
Semejante a un pendón de guerra
entre el cobre de las trompetas,
el ala roja saludaba
la asunción del alba.

El ala roja
encendía el fuego
en la sangre de los mancebos
y en las mejillas de las vírgenes.

El ala roja presidía
el rito nupcial, en la noche
sin término, cuando el río de carne
fluye de los lechos
poblado de gritos
como las aguas que devastan una ciudad.

El ala roja era en mi hombro
para surcar las rutas
aéreas. Para el vuelo soberbio
sobre el mar y la tierra.
Para descubrir las costas
celestes donde se encienden los faros
que orientan a las naves
y a los conductores de rebaños
en los caminos de la tierra.
Para seguir el cauce
de la luz que nace
en las rosadas praderas del Paraíso
donde las vírgenes desnudas
recogen el rocío en sus manos.

El ala roja alimentaba
con su soplo
las hogueras prendidas en el mundo
para consumir las selvas
y los libros
y el cuerpo llagado de los mártires.
Para sembrar de espanto
el alma dulce de las fieras.
Para purificar el agua
que nace de los líquenes
y se enturbia después entre los cauces
terrestres. Para fundir los metales
que perpetúan, entre los hombres,
el sueño vago de las formas increadas.

Yo tenía dos alas,
el ala azul, el ala roja.

Hoy, cuando de mi vida
penden los años muertos
como las flores secas de las ventanas
abiertas para los festivales
mundanos, camino por la tierra
tambaleándome a modo
del labrador que vuelve de la vendimia,
porque he perdido
mis dos alas.

Vanamente, en la noche
ciega, por las ciudades
que festejan con ramilletes de farolas
su triunfo de lujuria
y de sangre
clamo por mis dos alas.
No las encuentro y solo,
errante y abstraído,
voy como fundiéndome, paso a paso,
en el gran caos nocturno.

Canto del hombre cautivo

Me vuelvo a recoger bajo mi lámpara
y me siento seguro como el niño
que ha cerrado las puertas de la alcoba

en la noche de viento.
Me vuelvo a recoger...
Crecen mis sueños
bajo la luz benigna,
como crece la hierba
más robusta debajo de los árboles.
Fuera cierne la noche
su impalpable ceniza
sobre la frente pálida del mundo.
Solamente las torres
cruzan de un horizonte a otro horizonte
sus señales de luz. En el espacio
germina el éter produciendo a veces
esas fosforescencias que denuncian
el hondo nacimiento de una estrella.
Pero yo pienso: el universo entero
se reduce a un anillo que me ciñe
las sienes. Y mi vida
—tan varia y permanente—
se integra con sus bienes y sus males
como la sombra y el fulgor se funden
en la unidad simbólica del agua.

Y entonces mi nocturno pensamiento
se hace conciencia universal. Y cantan
en mí voces remotas.
Y siento que despuntan en mi espíritu
albas en cuya luz se purifican
serafines de fuego;
auroras que despiertan en los campos
del paraíso; días
azules en que nacen las mujeres
más bellas, y estaciones
cargadas de racimos y de frutos
como las barcas que conducen toda
la abundancia terrestre de una isla
maravillosa.

Entonces,
como el agua en la hoja de la hierba,
cuajan en mí rocíos de palabras
y yemas de expresión en cuyo seno
se maduran los gérmenes del mundo.
Aguas de luz, en trémulos arroyos,
golpeadas en las rocas de lo eterno
fecundizan mi sér; y como el campo
sobre el cual se desborda una cisterna,
reverdece de gémulas doradas
y me visto de flores,
mientras recorre mis ardientes venas
la fiebre vegetal en que me mece
el sueño de una lánguida floresta.
Y soy de nuevo fuerte
y otra vez soy sencillo
como el mástil guerrero de una torre
o como una guirnalda de violetas.

Me vuelvo a recoger bajo mi lámpara
en la noche de viento.

Y es ahora
el vasto corazón del infinito
quien sufre mi congoja y quien soporta
el ritmo de mi sangre
mortal. Cada palabra
de mi boca, perdida entre los hombres,
ensanchase allá arriba como el eco
simpático que vuelve una colina
cuando en la tarde clara grita un niño.
Sé que mi voz de hombre,
ora cruce jardines agobiados
de flores, que descienden hacia un río
en cuyo fondo glauco duerme el oro,
o bien se alce en la roja
soledad, bajo el cielo incandescente
que rodea de elictros zumbadores
la aridez de los pozos,
ha de turbar el seno
del abismo infinito,
y hará nublarse la inmensidad serena
tan limpia y tan azul sobre el humano
dolor, sobre la muerte de los campos,
sobre la negra sangre de las razas
y sobre las tinieblas
en que gritan y cantan las ciudades.

También sé que está viva,
sobre mi amor del día o de la noche,
la piedad de la altura,
y que allá repercute
el beso largo y húmedo que cae,
como un copo de luz, de una ventana
humilde, o el esfuerzo
viril con que se exprime de la hembra
todo el jugo de un huerto en que las frutas
abren su madurez desde las ramas.

Y mi verso, manchado
del color de la tierra,
libre como las alas o las flechas,
va a clavarse en el ancho
corazón estelar que está desnudo
como el hermoso corazón de un mártir
levantado en la cruz y cuya sangre
incita, cual la miel de los racimos,
la golosa avidez de las abejas.

Así vela la noche
sobre mi soledad como una madre
que entre los pliegues de su manto oscuro
ocultase una lámpara temiendo
despertarme.

Y yo velo
y me siento seguro como el niño
que ha cerrado las puertas de la alcoba
en la noche de viento.

La ley frumentaria de Cayo Graco

—Del excelente librito *Historia de la República Romana*. Ed. de la «Revista de Occidente». Madrid—

Diez años después de estos acontecimientos, en 123, Cayo Graco, el hermano más joven de Tiberio, fué asimismo nombrado tribuno de la plebe. Era uno de los mejores oradores que tuvo Roma, y sobrepasaba con mucho a su hermano en claridad de juicio y en firmeza de voluntad. Pero le faltaba por completo ese rasgo idealista que, a pesar de todas las sombras, hace tan simpática la figura de Tiberio Graco. Persiguió Cayo sistemáticamente un fin determinado: ser en Roma un rey sin trono. Y para conseguirlo, todos los caminos le parecieron buenos. Quiso anular a los políticos, a la llamada nobleza, que desde muy antiguo gobernaba en Roma. Para ello determinó hacerse elegir todos los años tribuno del pueblo y gobernar el Estado mediante decisiones de la asamblea popular. Efectivamente, una nueva ley permitía ahora ser reelegido tribuno de la plebe. Para mantenerse en su puesto, Cayo Graco necesitaba contar con una mayoría en la asamblea popular. Pensó creársela atrayéndose dos clases sociales cuyos intereses tenían en sí poco de común: la muchedumbre de la

capital y la plutocracia. Tiberio Graco había prometido tierras al proletariado; Cayo se apoyó en otro punto del programa socialista, y prometió el abaratamiento del pan. Su ley frumentaria garantizaba a cada ciudadano habitante de Roma el trigo necesario para su mantenimiento a un precio reducido. Tampoco esta ley es en sí muy radical, y, lo mismo que la ley agraria de Tiberio Graco, se refiere a antiguas instituciones romanas. Hacía ya muchas generaciones que el Estado inspeccionaba la importación de cereales y consideraba como su deber procurar que hubiese siempre pan en cantidad suficiente y no demasiado caro. Lo grave en la ley de Cayo Graco era que inauguraba la corrupción política de las masas en la capital. Puede decirse que mientras la democracia de Atenas fué siempre sostenida por la población pobre de la ciudad, en cambio *el proletariado de la ciudad de Roma no ejerció nunca una política independiente, sino que se dejó comprar alternativamente por los grandes capitalistas, por los aventureros y por los generales*. Por lo cual, la democracia de Roma hubo de nacer y morir con la clase de los pequeños labradores.

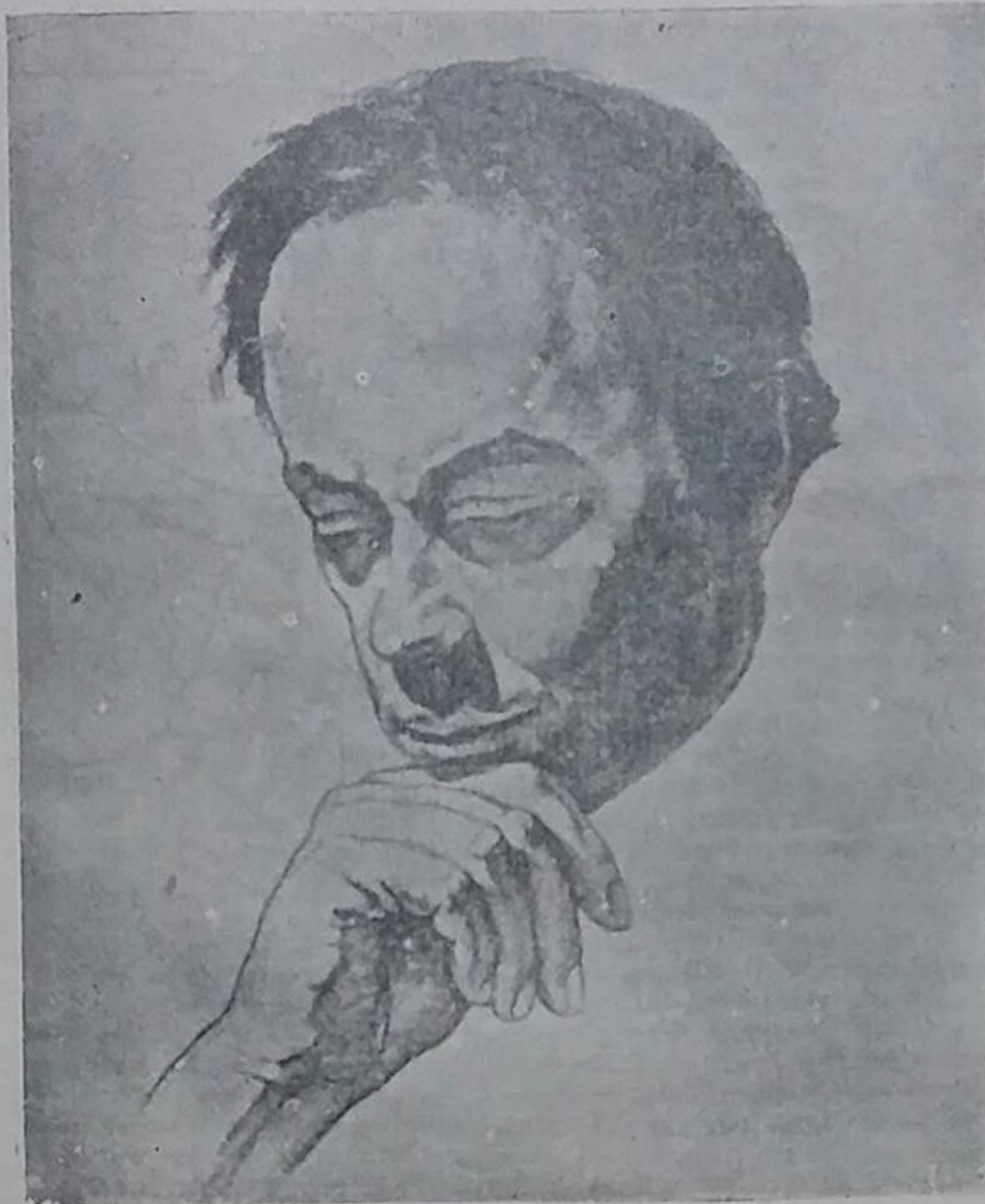
Arturo Rosenberg

Va un trecho de *La vida en la sombra*, pasando por *Domus Aurea* a los *Coros del mediodía*. El poeta se transforma sin cambiar en lo substancial los caracteres de su visión artística de la vida. Se transforma en beneficio de la poesía y queda, sin embargo, igual a sí mismo, porque la transformación es orgánica. Hemos visto en América poderosos maestros de la dicción poética en el empeño de transformarse voluntariamente, y los hemos visto disminuir en fuerza hasta reducirse a las tres dimensiones del sólido ordinario. Cambiar, de acuerdo con un deseo de parecerse a otros, es abdicar de la personalidad, la más triste y peor figurada de las abdicaciones. Nuestro yo varía continuamente en las alternativas del estudio, de la experiencia, del conflicto vital; pero variarle como el tocado de las mujeres o como la apariencia de los escaparates en un almacén de novedades, es un pecado contra el espíritu santo.

Va un trecho del D'Annunzio que escribió *Il dolce grappolo* en *Isotteo* y la *Quimera* al poeta de *Las manos* en el macrocosmos de *Las Laudes*, pero del principio al fin de su carrera, pasando por las *Elegías Romanas* es uno mismo el artífice de su propia vida, el joyero de la frase, el hombre que se mira en el universo, consciente de que el universo se mira en él. Una transformación semejante se opera en el fondo y en la forma de Rafael Maya. La modificación guarda armonía con su vida, con su temperamento, y es tan suave y tan íntima, que acaso él mismo no la perciba. Tampoco saben las flores cuáles son los movimientos de origen subterráneo que llegan hasta el cáliz y los pétalos para hacerlos abrirse y ostentar toda la riqueza de sus formas y colores. Ni puede tampoco el hortelano seguir paciente y minuciosamente los pequeños movimientos que hace el botón de rosa para de desdoblarse en la fastuosidad de una flor. Una tarde la planta está cubierta de promesas verdes, y a la mañana siguiente el aire cargado de perfumes les señala a los ojos una orgía de colores que empezó en la obscuridad y se prolonga en competencia con la abundancia luminosa del claro día.

Rafael Maya

*La vida en la sombra, Domus Aurea,
Coros del mediodía, El rincón de las imágenes*



Rafael Maya

Dibujo de Ramón Barba.

No se entienda sin embargo, que las primeras poesías de Rafael Maya eran apenas el botón, la promesa de una inteligencia. Su naturaleza de artista floreció de repente en manifestaciones de una belleza singular y completa. Sin duda procedió a esa generosa floración primera un trabajo de gestación espiritual semejante al que transforma unos en otros los metales en las grandes presiones, en las temperaturas fabulosas, en los oscuros y ciclópeos crisoles de la profundidad planetaria.

La vida en la sombra es el espíritu disuelto en la naturaleza. No parece sino que las palabras todas del idioma, sus sonoridades, la concordancia misteriosa entre el sonido y el concepto hubieran sido inventados para que esta mente privilegiada se sirviese de ellos y nos dijese: «mirad: la naturaleza es el verbo.»

Verás la clara primavera
sobre los campos retocar
con oro suave y nácar diáfano
su leve manto floreal

¡Está mi valle tan distante!
Ya han empezado a recortar
para el establo, alegres mozas
el heno tibio y maternal.

El himno azul de los cortijos
irá trazando su espiral,
mientras la tarde se despide
como una nave sobre el mar.

Los colores, las líneas, las sensaciones de calor y de tacto armonizan con el ritmo inquietante del eneasílabo, cuyos acentos variables le dan al pensamiento una fugacidad de hechizo.

No me olvides, le dice a una estrella,

Cuando entres por la rota ventana del hogar
a posarte en la lámpara que no quiere alumbrar,
o te pierdas en los caminos de un cuento
que se enreda en la tibia quietud del aposento.

La frescura de las imágenes rivaliza con la sencillez inasequible de la expresión. Poniendo atento el oído a las confesiones de esta alma de niño y de poeta profundo, sorprendes el crítico a veces rincón encantado de su habitación espiritual. Una mujer le dice que no gusta de sus versos, y súbitamente le ocurren al poeta decenas de motivos por los cuales esa gentil persona no podría nunca poner su complacencia en estas criaturas hechas de rima y de sentimiento.

El deseo premioso
de vivir en la forma pasajera,
de perpetuar la gracia en sólo un gesto
y aprisionar la fuga del instante...

Y tantas cosas vanas
inútiles y absurdas
como pongo en mis versos,
no caben, buena amiga,
en tu ideal casero
que mantiene la alcoba siempre limpia,
la mesa con sus flores,
y bien podada en el jardín la era.

«Vivir en la forma pasajera» y «querer perpetuar la gracia en un solo gesto», son dos preceptos en los cuales se podría concentrar toda la retórica de Rafael Maya y todas las reglas de la poesía lírica. Él ha «violado las arcas del tesoro que guarda la noche», y por haber acariciado con sus manos esa muchedumbre de joyas y haber sentido en el oído espiritual el choque del diamante con el metal precioso, ha experimentado una sensación de plenitud.

La nota dominante en los versos

(Pasa a la página 91)

Nosotros hemos tenido un enriquecimiento efectivo— ¡y de qué silenciosa formación!— en los últimos cinco años. Además del que nos trajo Pablo Neruda; lado a lado con él. Nosotros hemos recibido (y en el participio aquí yo pongo un gozoso-tierno) el don verdadero, el aporte que se toca, de real, como el buen limo del río que crece, de Marta Brunet, la novelista de Chillán.

Yo sigo haciendo el siguiente orden de nuestros valores de cultura: el folklore, que es una mina de América sólo por chilenos rastreada dignamente; la prosa novelesca que presenta un conjunto ricamente diferenciado que va desde Barrios, Maluenda, D'Halmar y Edwards Bello, pasando por Prado, por Contreras, por Latorre, y por los Labarca, hasta González Vera, Rojas y los demás.

Nuestra literatura sigue un proceso espiritual enteramente contrario al del resto del Continente, que hace poetas antes de hacer prosistas, aunque tenga ya los nombres firmes de los García Calderón, de Reyes, de Fombona, de Quiroga y otros.

Marta Brunet nos vino «impensadamente» como decimos allá, sin el tanteo— el pinino, diría Silva— tan desagradable, pero tan humano de los y las otras... Sin pasar por la revista, especie de *nursery* que anuncia allá tal o cual adolescencia bien dotada. Dice Manuel Vega en su artículo introductor, que acepto en todo menos en esto, que Marta se formaba en su provincia con sus clásicos españoles. Yo dudo de tal paternidad. En la América los lectores de clásicos españoles sacan de ellos por sobre todo estilo (aunque también pudieran sacar ejemplo) para la construcción novelesca. Generalmente aprenden amaneramiento. En Marta Brunet el estilo no cuenta, como no cuenta en Dostoiewski y en la familia novelesca mayor. Cuando de tarde en tarde la coge el prurito de hacer una «frase linda», ésta se le queda como afuera, sin soldadura con el resto y suena a falsa. Su éxito en grande, el reino suyo, lo que ella nos trae, es la creación de caracteres chilenos. En este lote, que es ni más ni menos que el del novelista, creo que nadie la alcanza dentro de lo nuestro. Tal vez me equivoque por falta de lectura reciente de novelas chilenas; pero en mi recuerdo yo no logro cazar tipos que entren de igual a igual en la familia que ella nos está entregando con su Don Florisondo, su doña Santitos, su María Rosa y su Meche.

Allá en la provincia, buena ayudadora en todo el primer período de una formación literaria con su «sobra de tiempo», y con su misma indiferencia para el que escribe, que se traduce en regalo útil de paz, Marta Brunet se ha vetado, se ha surcado, se ha amantado de chilenidad. Chilenidad de paisaje, de acento, de costumbre, de carácter. Yo siento leyéndola que, cual más cual menos, los demás venimos de la lectura A o B, a la que nos prendimos con el garfio de la coincidencia emotiva. Rojas, de los rusos, D'Halmar, antes, de Loti, y así los demás. En la lectura de Marta no se ve nunca mano conocida de maestro que aupe y auxilie. Ella viene sencillamente de su genio de observación, una observación que no es mirada sino casi chupadura del motivo. Así lo absorbe de entero y así lo entrega de cabalmente. Si ella me ha hecho recordar a Gorki y a Istrati no es por la manera o por



Sobre Marta Brunet

= De El Mercurio. Santiago de Chile =

el giro del relato ni por la forma de *cogida*—si se permite el sustantivo taurino—del asunto; es por la creación asombrosa de los personajes. Don Florisondo tiene para mí, modo de andar y hasta *carraspeo*; a María Rosa yo la veo, sin un quebrantamiento, a través de su aventura sana, y un poco feroz, caminar en el paisaje chileno. Va esta diferencia a los tipos anotados a lo Zolá, a los tipos creados a lo Gorki, es decir, de los que se hacen por amontonamiento de datos, como quien dice, miga a miga, y los que se crean *adánicamente*. Los primeros viven en unas cuantas escenas capitales del relato; los otros no sufren quebradura, no se tumban en los capítulos secundarios sino que el soplo inicial los mantiene a lo largo del libro entero gesticulantes, sanguíneos y vivos hasta la punta de los pies. Yo usaría, si no estuviera tan estropeada, la expresión de que Marta no construye sino que *invoca* sus personajes. Andan en el caso suyo algunas magias...

Cuando me doy a releerla suele pasarme una aventura que me es muy grata. El relato novelesco se me dramatiza, de puro tremolante que es; la novelista se me aproxima, a pesar de las enormes diferencias de temperamento, al género de la tragedia rústica de *La hija de Jorio*. Digo que la transmutación me da gozo, porque las obras que más amo se me han transfigurado siempre así. Desde *La Divina Comedia* hasta Dostoiewski, pasando por Hardy, por Balzac, por Maupassant y otros, la lectura que me hinca garra con sangre se me dramatiza siempre. Por otra parte, yo no creo en los géneros según la retórica, divididos por paredes de cemento. Hay fugas de un género a otro.

Marta Brunet me ha hecho confrontar sus criaturas chilenas del campo con las mías. Yo también las conozco y aún cuando no sería capaz de estampar una sola, ni jorobaba, en un cuento, creo que puedo reconocerles la autenticidad. Así son ellas para mí como lo fueron para su ojo precioso: un poco tiernas, un poco feroces, casi siempre brutales en el amor como en el aborrecimiento;

puros, sobre el suelo del instinto que es el suyo, y dueños, de tarde en tarde, de una dulzura inaudita que les brota de la piedra desnuda de su fuerza.

Yo que soy campesina por la sangre y el ojo con viña y espiga, sé que la dulzura más bella es la impensada que brota de pronto, del fuerte y también del cruel, y que deja pasmado al que la descubre.

La adopción del niño ajeno por don Florisondo pertenece a estas ternuras de *camallo* (1) o de matón campesino que yo me sé. La azuzada de los perros que María Rosa hace sobre su amante es tan chilena como el Llaima, si no lo es más...

Pero la María Rosa, ¿será sólo la «mujer brava» del campo, como allá decimos? Yo la conozco también en las ciudades, y casi se me cuaja en símbolo. La mujer nuestra anda por ahí, terciada de fortaleza, de cólera y de piedad a la vez. Yo la veo en mí misma con idéntica vetadura contradictoria. Los días han de venir en que un decorador de muros a lo Diego Rivera, aglomerando símbolos legítimos de lo nuestro y sacándolos no sólo de la historia sino también de la novela en grande que hayamos alcanzado, ponga a esta María Rosa medio prima de Fresia, en su teoría de las criaturas definitivas que nos nacieron.

Aparte de la buena forjadura de tipos (quiero repetir de la forja genial de tipos), Marta Brunet posee, a pesar de su sangre sólo a medias nuestra, una sobriedad muy chilena, no sé qué crudeza, qué modo de expresión directa y hasta qué brusquedad que son nuestras. Acaso esté yo aquí *patrioteando*. Es cierto que así hablan, como ella, en el relato de asunto rural, los demás ruralistas del mundo leales a su género.

¿Cómo se ha aposentado en ella la narración campesina hasta alcanzar tamaño maestría y facilidad? Yo creo que tal vez ha sido ella antes de coger la cuartilla una de esas *contadoras* que allá tenemos. Yo sonrío en el recuerdo a una de mi valle de Elqui que era madre prodigiosa, por llena de sucedidos y de gracia. O lo era su madre, o, sencillamente, culta, rica y todo, ha aceptado oír cabreros y leñadores, como aconsejaba Maragall. De otro colega suyo, de Mañueta, yo recuerdo un don magnífico de buen contar, que nunca he olvidado aunque lo escuché hace 20 años.

En los tres años transcurridos entre *Don Florisondo* y *La Flor de Guillén*, a Marta Brunet no se le ha alojado la mano de tallador para sus tipos. La última es la mejor. Yo espero de ella las mayores empresas de la novela campesina americana. Ella llegará un día a España escoltada de su obra a decir a los que rezongan, con razón, por nuestra laguna del relato autóctono: «Aquí está lo que no se había hecho ni en país de gaucho (a pesar de Güiraldes), ni en país de indio».

Hay todavía otro acierto en ella: el manejo grotesco. La vieja *Doña Santitos* codea a Goya. Poco se le ha celebrado este relato tal vez por breve. Nos gusta mucho allá hacer de un cuento novela, con lo que lo desatinamos y lo malagramos.

He sido yo, y soy todavía, gustadora de donosuras de estilo. Me da la prosa de

(1) Peón de riego.

Ortega y Gasset unas complacencias que casi son de palma que se regala con lanas y brocados de la lengua, y, subiendo en la misma línea, no se me gasta como goce la prosa de Flaubert. Marta Brunet me ha ganado sin halagarme estas sensualidades del oído ni de vista. Metáfora no trae; y ningún gobelino verbal trabajosamente tejido; sólo su extraordinario friso rústico de tipos terriblemente enderezados en el paisaje chileno.

Le ha dicho don Pedro N. Cruz que deje los asuntos campesinos y que camine hacia los otros. No me parece buen consejo, aunque sea de viejo, sabio en su oficio. Cuando se ha recibido un lote sobrenatural de creación, sea de mineros, como en Lillo, o de vagabundos, como en Gorki, ¿por qué tirar eso que llamea de vida para entrar en el hotel de M. Bourget o de otro semejante, donde el aire está ya tan confinado?

A un reparo de otros yo me sumo, y con limpia intención: al del lenguaje. Poseen vigor suficiente los personajes de Marta Brunet para que puedan bastardearse si les da el lenguaje ordinario. Yo entiendo los regionalismos como fenómenos colectivos de ternura por el suelo y por la costumbre, en el hábito doméstico, en la arquitectura a veces, hasta en el traje. Pero yo los detesto en el lenguaje.

Marta Brunet con una modestia casi insensata parece que ha querido escribir para Chile únicamente y aún para... su provincia. Porque entre sus criollismos varios hay que ni yo conozco. Imagino que en Centro América o en el Uruguay, la lectura de sus cuentos debe resultar desastrosa a causa de este dialectismo desenfrenado, que ella adopta

con tanto desdén para el extraño que ni aún ha puesto al pie de cada página una línea de vocabulario. En Chile mismo ha de haberlos cuatro lenguajes regionales, si es que no hay más. El de Coquimbo, desde luego, no es el de Chillán. Piense ella que en la América la lengua popular es un absurdo tal en su diferenciación, que la palabra *guagua*, que entre nosotros significa «niño pequeño», en el Perú es el nombre del autobús, y en México el que dan los niños al perro... Otra muestra más: *choclo* se llama en México un zapato, y en Chile la mazorca de maíz.

Deje ella esa forma de criollismo que es una autocondena a ser leída por un clan. Un Ramuz en Suiza, peca de su lado, pero venialmente, escribiendo sus novelas admirables un poco en *patud* pero no va tan lejos como ella. No desperdicie torpemente el campo que su destino literario le ha entregado en la lengua española, lengua en grande por sí misma y que tiene, además, el tercer rango mundial por la extensión que abarca. El quitar a sus personajes la muleta de su horrible jerga chileno-rural no les disminuirá una pestaña de su contextura y de su autenticidad. Yo no le aconsejo seguir el ejemplo de Federico Mistral, gran poeta en la línea de los Goethe, reducido a gran poeta francés por su temeraria fidelidad a la Provenza. Semejante lealtad a la *patriecita* hace llorar por la humildad de que está cargada, pero también irrita.

Y que reciba este reproche sin amargura mi grande, mi extraordinaria y querida Marta Brunet.

Gabriela Mistral

Paris, junio de 1928.

Lucho el Mudo

—De Caras y Caretas. Buenos Aires—

EL nuevo mayordomo de la hacienda, Pedro Carrera, era un mocetón alto y fornido, con torso de Hércules, nervudos brazos que, como jugando, alzaban sacos llenos de cereales, y piernas algo arqueadas por los muchos días pasados a caballo. Ese cuerpo subía coronado por una cabeza en que los grandes ojos negros eran la belleza redimidora de lo vulgar del resto. Trabajador competente, Pedro Carrera tenía el vivir sencillo y sobrio.

Frontera a la casa del mayordomo estaba la vivienda de la cocinera de los peones, doña María, una viuda joven, madre de un niño de ocho años, a quien llamaban el Mudo por lo mucho que costaba sacarle las palabras.

Alto, canijo, desproporcionado por los brazos demasiado largos, el chiquillo parecía un alambre tembloroso, ya que siempre lo agitaban escalofríos y estremecimientos provocados por la anemia que lo comía. Criatura malograda desde que fuera concebida, dióle su naturaleza el carácter tímido, reconcentrado, afectivo, sensible.

—Vení, Lucho—gritaba doña María.

Acudía el niño presta y silenciosamente.

—¿Adiviná qué te compré?

No contestaba, contentándose con sonreír, inclinando la cabeza.

—No seas lerdo. Contestá, pue...

Nueva sonrisa.

—¡Ay, qué mocosol! ¿Por qué no contestás, condenao?

Esta vez los ojazos del chiquillo se levantaban medrosos hasta cruzarse con los ojos maternos.

—¡Guén dar con el diablo porfiao! Hasta que no me contestás no te los hei de dar...

—y, furiosa, guardaba en el arcón los za-

patos que acababa de comprarle en el despacho. —Andá'traerme agua—seguía diciendo, enojada.

El Mudo corría, cántaro en mano, al pozo.

En momentos de emoción solía decir una palabra, una frase, pero, de común, Lucho el Mudo corroboraba su apodo.

Pasaron los meses de cosecha y vendimia en que el nuevo mayordomo probó ser excelente sujeto, honrado a cartas cabales, celoso de su deber, parco en la bebida. Terminados los últimos trabajos de siembra, quedó el hombre en mayor libertad, y no sabiendo qué hacer en las largas tardes lluviosas, dió en ir a pasarlas a la casita de enfrente, donde encontraba regalos que en la suya de soltero no había.

Se hizo costumbre reunirse a tertuliar en la cocina de los trabajadores. Iban, además del mayordomo, ño Chuma, el campero; la Petrona, su mujer, y sus cinco chiquillos.

Esa tarde hacía un frío que traspasaba. Los hijos del campero metían las manecitas ateridas en la ceniza, caliente aun, del hogar. Los hombres y las mujeres rodeaban el brasero, extendiendo hacia el calor misericordioso los pies yertos. Solo, en la pieza contigua, que era el dormitorio, el Mudo miraba a través del único vidrio de la ventana minúscula caer la lluvia incesante. Tenía frío y le hubiera gustado calentarse, pero...

Prefería aguantar el frío a sufrir la presencia del mayordomo, cuyas miradas a su madre lo irritaban. Sentía entonces deseos de tirarse contra la cara del hombre y arrancarle aquellos ojos tan abiertos y tan fijos. Otras veces, al oírle decir: «Mariquita», rechinaba de dientes y enterrábase las

uñas en las manos a fuerza de apretarlas y contenerse de lanzarse contra Pedro. Comprendía que de un manotazo lo haría rodar como una piedra, y el sentimiento de su debilidad lo volvía más hosco aun, levantándose en su corazón rabia sorda contra la madre que recibía modosamente a Pedro. ¿Por qué lo admitía ella en casa? ¿Por qué parecía contenta cuando él estaba allí? ¿Por qué reía sus chascarros? ¿Por qué procuraba darle los mates más azucarados?

Un día Pedro trajo de regalo una maceta de claveles. Poco después, al volver de la bodega adonde había ido por sal, encontró doña María el macetero en el suelo hecho añicos y la planta desarraigada y rota. Culpó de tal fechoría al gato, pues el Mudo no había visto ni oído nada. Esto lo supuso, porque el niño, a sus preguntas, bajó los ojos sin contestar.

Después fué un tordo lo que trajo Pedro. Un tordo vivaracho y parlero que gritaba: «¡Adiós, mi negral! Vení... vení... vení...»

Al día siguiente, el tordo amaneció muerto para gran consternación de doña María.

Miraba caer la lluvia el Mudo, pensando entristecido que por culpa de Pedro, de «ese hombre», era él malo, que si no hubiera venido a la casa tan seguido no lo hubiera odiado hasta el punto de pisotear furiosamente la maceta de claveles, ni hubiera estrangulado al tordo en una especie de delirio asesino.

Pensaba: El antes era bueno, quería a todo el mundo calladamente, adoraba a su madre, se desvivía por serle útil. ¿Y ahora? Ahora... Odiaba a «ese hombre», deseándole toda clase de muertes, no quería a ño Chuma, ni a la Petrona, ni a los chiquillos, que todos le parecían cómplices de Pedro en la obra de quitarle el cariño de su madre. Toda la adoración que sintiera por ésta, tornábase rabia sorda que lo hacía temblar al verla conversando quedamente con Pedro, prendida a los ojos dominadores del mozo.

Además, era un asesino: había matado al tordo. Lo sentía estremecerse aún entre sus dedos en las últimas palpitaciones de vida. Era un asesino. Sus manos eran las manos de un asesino. Se las miró: tenía las yemas duras, blanquizas, faltas de sensibilidad; el resto estaba violáceo. Un escalofrío de horror lo sacudió íntegro.

El miedo a no sabía qué lo hizo ponerse en pie y lentamente irse a la otra pieza, donde se acurrucó en un rincón.

Pasó el invierno.

Nada había cambiado en la casita; sólo que ahora, ocupados en el día los hombres, la tertulia hacíase en las noches, bajo el corredor, jugando los chiquillos en el corral.

Lucho el Mudo se aislaba en el rincón más apartado y, mirando fijamente las estrellas o la luna, quedábase inmóvil, hasta que doña María lo llamaba para acostarse.

Creía el Mudo que en la gran hostia de la luna habitaba la Mamita Virgen. A ella se dirigía en su aflicción. Porque ya era un hecho que su madre se casaba con Pedro Carrera.

—Era mía, mía—murmuraba,—era mía y me la quitaron; ya no me quiere a mí, lo quiere a él.

Y en un desconsuelo que le anudaba la garganta, proseguía:

—Mamita Virgen, ¿por qué no me llevás contigo? ¿No vis que naiden me quiere? Y yo tampoco pueo querer a naiden. Mamita Virgen, no pueo. Yo quisiera querer a mi mama como antes, lo mesmo que la quería antes, y no pueo... Y no pueo tampoco querer a «ese hombre» y menos llamarle taitita como ella quiere que le llame. ¿Por qué no me llevás contigo? Icen que soy tan lerdo que nunca serviré pa na. Naiden m'echaría e menos. Ellos estarían más contentos sin mí. ¿No vis como a naiden li hago falta? Llévame no más... Llévame pal cielo... Seré

güeno, servicial... pero llévame... Los quedré a toos... a él también, pero llévame, por favorcito, Mamita quería...

Con los ojos muy abiertos, dilatadas las pupilas, miraba extáticamente el Mudo la sombra que da fisonomía a la luna. Sobreexcitado, veía allí un rostro que le sonreía, que bajaba los párpados, que daba un sí a su súplica.

—¿Me lleváis, Mamita, me lleváis, no es cierto? ¡Mamita linda, quería!...

A unos días de alegría vibrante, de charlar sin tino, estupefaccionando a todos, de reír enloquecido, se sucedieron otros de melancolía suave, de honda tristeza, cayendo por último el Mudo en un estado de aturdimiento que lo hacía pasar horas y horas sentado, inmóvil junto a la ventanita del dormitorio, mirando sin cesar, sordo a ruidos, mudo en absoluto.

—Lucho, andá buscar harina—decía doña María.

No se movía el Mudo.

—Güeni de los diaulos—gritaba la mujer.

—¿Que no m'entendís? Andá buscar harina. El niño no se movía.

—Aguardate, no más, cochino...

Dos veces, al repetirse esta escena, la mujer, enfurecida, le pegó.

El Mudo parecía no sentir los golpes. Decía entre sí:

—¿No vis, Mamita Virgen, no vis?...

Viendo que el niño no gritaba ni lloraba al pegarle, que no comía ni dormía, doña María se asustó y llamó a la médica, una vieja espectral envuelta en harapos verdosos, que decretó que aquello era «mal de ojo» y que el Mudo se moría.

Sentada al borde del lecho, doña María lloraba silenciosamente, extenuada por una semana de cuidados y trasnochadas con el enfermito. La Petrona y otras mujeres hablaban quedo junto a la ventana, y los chiquillos asomaban por la puerta sus caritas

asustadas, en que los ojos inquietos parecían dilatarse aterrados ante el misterio de la muerte que ya flotaba allí.

—Recemos un rosario—propuso una vieja.

El murmullo sordo de las oraciones amedrentó a los chiquillos, que huyeron diciendo:

—Se ha morido...

Obscurecía. La Petrona encendió un chonchón, colgándolo de un clavo en la pared. Sentíase entre el murmurar de las avemarías el gemir angustiado y sollozante de la madre.

Se oyó un galopar de caballos que se detuvieron junto a la casa, Pedro y ño Chuma entraron de puntillas en la pieza, tratando de no hacer ruido con las espuelas.

—¿Cómo sigue?—preguntó Pedro, muy bajito, acercándose a la cama.

—Lo mismo, no más...—contestó la madre.

—Hay que tener conformiá—aconsejó ño Chuma.

—Si fuera suyo no iría eso—dijo doña María mirándolo, hosca.

Pedro se inclinó buscando entre los cobertores la cara enflaquecida del Mudo.

—¡Podre m'hijito!—y la mano ruda se hizo suave para acariciar la frente humedecida.

Estremeciéndose el niño. Las pupilas perdieron fijeza, los labios reseco se movieron convulsos.

—¿Qué quiere mi angelito?—preguntó el mozo con cariño.

Quiso incorporarse el Mudo, mas fué en vano su intento. Entonces Pedro pasó un brazo por su espalda, alzándolo hasta dejarlo sentado.

—Mamita...—balbuceó apenas.

—M'hijito quería, aquí estoy—contestó la mujer.

—Me voy con la Mamita Virgen... No llore... Yo la quiero mucho... y a él también... al Taitita Peiro... Taitita Peiro... Taitita...—y como el jadear no lo dejara seguir hablando y la fatiga le desplomara el cuerpo, Pedro lo sujetó apretándolo contra su pecho.

Al rato, cuando quiso recostarlo, se dió cuenta de que estaba muerto Lucho el Mudo.

Marta Brunet

Rafael Maya...

(Viene de la Página 88).

de Maya es una de melancólica incertidumbre. Ha sentido la tristeza del haber conocido. En el conocer hay un goce indefinible, pero cuando esa dulzura de la percepción se pierde en las brumas de la memoria, sobreviene en las almas delicadas un estado semejante a la melancolía. Es triste «la sombra que proyectan los objetos cuando cae sobre ellos la luz del conocimiento». Maya es demasiado consciente para gozar sin asomos de tristeza del espectáculo vital.

La muerte agita alrededor del poeta la cuchilla de su guadaña, y él parece haber oído el ruido penetrante que hace la hoja de acero cortando el aire denso y frío de la noche. Percibe, sin duda, el ruido levisimo de las arenas en el reloj del tiempo y le despierta en la noche el rumor de la vena líquida con que se mide en la clepsidra el paso indiferente, el ademán burlesco o las muecas inclementes de las horas.

Quiero bajar los húmedos peldaños
afelpados de musgo, de la estrecha

galería que lleva hasta tu cripta
donde espera la esfinge somnolienta,
coronada de rosas inmortales,

le dice a la muerte.

Aun la visión macabra es elegante y cautivadora en este poeta, dueño en todo momento de la palabra adecuada a la noción fugitiva. Y por esa noble actitud de resignación sin desafío, y de altiva aceptación del absurdo, sus poemas de muerte, sus frecuentes alusiones al olvido y la nada dejan en las mentes sanas una expresión de salud y fortaleza. La muerte en la filosofía de Maya, cuyo nombre viene a tener valor simbólico, en esta esfera del pensamiento, no es otra cosa que una de las formas de la vida.

En la riqueza de imágenes, característica de este insuperable analista de sus propias sensaciones, no es posible decir cuáles acuden a su pluma con más abundancia ni en cuáles se complace y se detiene con mayor delectación su mente de poeta. La vista, el oído, el tacto, el olfato acuden gustosos a su conjuro.

La fiebre creadora
fluyó por mis dedos
como una fuerza cósmica. La estancia
parecía un horno,
y yo cantaba en medio de las llamas
como los babilónicos mancebos.
Anillos de palabras
ceñían sus imágenes en torno
de mis sienes exhaustas.
Apretaban mis dedos
cinco sortijas trágicas,
extraídas del fondo
sinistro de una hornaza...

Todas las sensaciones se dan cita en esta página de poeta alucinado para comunicar la sensación del vértigo, y el desempeño es de una hechura tan digna, que ni una sola vez en la tensión exigida por el tema decae el ritmo, flaquea la imagen, o se oscurece el concepto.

Con los años Maya se liberta de la rima. Acaso la fácil armonía de las sílabas finales se le antoja ya demasiado evidente, demasiado exterior, para hacerla concordar con la estupefacción riqueza de la vida interior. En *Coros del mediodía* escasean los consonantes y aún los asonantes. El verso libre, de una libertad indómita dentro de las exigencias de un ritmo perfecto, desarrolla frases enteras como una sola palabra, por sobre las cuales pasa la hada armonía, como era llevado el espíritu creador sobre las aguas en el principio del mundo. Se ha apasionado, como D'Annunzio, del heptasílabo, ágil, fluido, noble y sencillo, capaz de adecuarse a todas las sensaciones, ayudado por instantes del noble endecasílabo. En *La muerte del héroe* ha ensayado victoriosamente una lucha con el asonante uniforme en todos los finales de verso de siete sílabas:

De súbito un flechazo
vibró, y el fino dardo
hincóse en su costado
mientras un hilo cálido
descendía a lo largo
del cuerpo immaculado.

El sabio dominio del idioma, del ritmo y de la imagen le sacan vencedor en estas lides, que parecen veleidades de amante apasionado.

Y este poeta que juega con las rimas, se deshace de ellas, tira por lo alto las medidas, como el juglar los platos de porcelana, vuelve a recogerlas y las dispone como los preceptos ordenan; es, además, un prosista de excel-sas dotes, un narrador y cronista de los sucesos pasajeros, en cuyas manos la frase se desliza con suavidades de raso y coloraciones de paisaje lacustre en las horas de la tarde. Su prosa vale como su verso. Su manera de ver la vida, y su noción del arte hacen de él un poeta superior, cualquiera que sea la forma de expresión en que ponga sus preferencias.

B. Sanín Cano

(Universidad. Bogotá).

El Inka rubio de Paukartampu

—Fragmento de *Tempestad en los Andes*. Editorial Minerva. Lima, 1927—

SESENTA años atrás, bien se recuerda, un súbdito alemán, un rubio y fornido descendiente de los Nibelungos, Carlos Lamp, llegó al Cuzco y, después, se acercó en Paucartambo. Trascurrido algún tiempo, Karl adquirió, ante la sorpresa de todos, un inmenso ascendiente sobre la población indígena de los valles del Mapacho y el Piñipiñi. Vivía en comunidad con los indios, en consorcio íntimo, trabajando con ellos al aire libre, reposando en torno al hogar, mientras la conseja keswa fluía de los labios del narrador.

Carlos Lamp poseía la lengua y el alma del hombre andino, y su espíritu sajón habíase dejado absorber por la poderosa inkanidad del pueblo autóctono.

Bien pronto, la viril prestancia del germano, su masculina belleza, la inteligencia clara, el don proselista convirtieron a Karl en el Kollana de las faenas camperas. Las mujeres de bronceada tez sintieron la caricia del Hombre Rubio con la delectación y la voluptuosidad que experimentarían las viejas abuelas al requerimiento del lascivo conquistador del siglo XVI. Lamp restableció la poligamia pública, oficial, del jefe. Los años siguientes poblábase Paucartambo de hermosos mestizos, predominantemente blancos. Centenares de indias fueron procreadas por este ejemplar de *pur sang* ariogermana, y muchos millares de aborígenes le reconocieron por inka.

Era Karl Lamp el Inka rubio de Paukartampu.

Tan grandes fueron el amor y la confianza del pueblo andino en su jefe sajón que le ofrendaron cuanto poseían: los ancianos, el milenario secreto; los hombres, su libertad; las mujeres, la flor virginal; los niños, sus caricias filiales. Carlos Lamp era el esperado vengador de la Raza, el semidiós que operaría el milagro de resucitar la Cultura Inkaica. Los indios creyeron en él con la ciega fe y el fanatismo de los desesperanzados. Asíéronse al Hombre Rubio como al áncora salvadora, y el Hombre Rubio lo comprendió, y con sagacidad europea prometióse trabajar *pro domo sua*.

Dícese que hasta la confianza máxima: el derrotero del Tesoro de los Inkas, había conseguido de sus confiados y amorosos cofrades. Carlos Lamp extendió sus reales dominios a los pueblos del contorno, y los ayllus numerosos de Kispikanchi y Kallka; veinte mil indios obedecían a sus órdenes; con sus legiones serranas podía él conflagrar todo el Perú y Bolivia.

Sentíase ya el nuevo Emperador de los Andes.

Se sonó un pacto grandioso con su patria, la Prusia; aliado de su rey, dueño y señor del Perú, muchos años antes de la Guerra Grande, podía proclamar el *Deutschland über alles*. La supremacía germana en el Pacífico, quien sabe sería el prodromo de la supremacía mundial del Reich. Carlos Lamp miraba lejos, y se decidió a trasladarse a Europa en el más breve tiempo con el expreso designio de negociar con Bismarck.

Mucho le rogaron los indios que no lo hiciera, que desistiese de un viaje largo nocivo para la vida del Neoinkanato en germen. Pero Karl no escuchó razones y se marchó.

Quería conseguir la protección de Alemania para el éxito de su empresa política en el Perú. ¿Qué significado tendría su gobierno imperial en alejadas comarcas andinas? Urgióle gobernar pronto y eficazmente. Para armar a sus huestes indias érale menester cuantioso parque. Alemania le proporcionaría todos los elementos bélicos, que él había estudiado ya la manera de introducirlos sin que pudiera ser conocida tal peligrosa importación.

Pasaron los meses y los años, y nada se supo de Carlos Lamp. Dícese que estando en viaje de vuelta a América, pereció a bordo; dícese que al desembarcar en el Perú, fué asesinado.

En las serranías de Paucartambo, la historia de Lamp se ha convertido en la mística leyenda del Inka Rubio, hijo del Sol.

¿No habéis escuchado por ahí la conseja del magnánimo P'AKO INKA, contada por las indias viejecitas, quienes al ponderar la belleza varonil de Karl, ligeramente se estremecen?...

Luis E. Valcárcel

NOTICIA.—De la interesante *Tempestad en los Andes* tenemos ejemplares dispuestos. A € 4.00 el ejemplar.

No fornicarás

«Mortificar el cuerpo, enfermarlo para evitar caer en el pecado». Máxima general practicada en los conventos y repetida apasionadamente por unos labios adorables.

Condenar el cuerpo al suplicio para producir la chispa sublime del sacrificio y llegar sangrando al fin de la peregrinación.

Suprimir el pecado original por la fuerza: tal es la interpretación de la síntesis expresada.

...Y luego, en réplica, la alegoría de las vírgenes que no pudieron entrar sino en corto número al Reino del Cielo. Todas atendieron las lámparas para cuidar el fruto del árbol simbólico... Ninguna de ellas comió del fruto, pero no todas maduraron para el Jardín Celestial.

Perder energía en castigar el cuerpo puede hacer sufrir hasta la desesperación. El Padre sólo acoge el sufrimiento transformado en regocijo.

Amar al Padre en el Amado, quererlo limpio de corazón y disipar sus dudas. Llegarse a él con castidad de pensamiento y de acción. Acariciar la carne hermana sin despertar lujuria.

Demos como el «Maestro Sublime» nos enseñó. «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César».

Llevemos el cuerpo comodamente, que no sea una carga; sino un servidor obediente y útil. Nuestros vestidos sencillos, nuestros alimentos agradables y nuestras habitaciones alegres y humildes nos librarán del tormento de la codicia y libres de la codicia no puede la lujuria apoderarse de nosotros.

Contemplar cerca del amado y con unción religiosa las maravillas del Universo. Alimentar la energía de nuestra chispa interna. Provocar juntos el incendio de otras chispas cumpliendo la Ley del Espíritu que incendió la nuestra.

Poner en el alma el anhelo de llegar al Padre y darse la mano en la jornada. Pedir con humildad que nuestra energía cree la Eternidad en nuestras vidas y no se use para crear estos cuerpos que pueden sumergirse sin alcanzar la Gracia Divina de llegar al Misterio de la Trinidad.

Pero la vida sin amor es desventura. Amar sin temer el pecado. Buscar sin temores la parte más casta de nuestra conciencia y darla al Amado en pensamiento y acción, sin perturbar con provocaciones diabólicas la lujuria que nos amenaza y nos acecha.

E / / a

Envío de la autora

Nueva York, Junio de 1928.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Gráficas de productos notables

En las páginas 69 y 70 de la *Initiation Mathématique* del Dr. C. A. Laisant se pueden ver las demostraciones gráficas de los productos notables:

$$(a+b)(a+b)=(a+b)^2; (a-b)(a-b)=(a-b)^2 \text{ y } (a+b)(a-b).$$

El doctor Laisant empieza por hacer las gráficas de esos productos notables, para luego deducir de ellas los teoremas geométricos, aritméticos y algebraicos correspondientes.

Siguiendo el mismo orden metodológico, tenemos el gusto de ofrecer a los colegiales de nuestro país las gráficas de otros productos notables no menos importantes que son:

- I. $-(x+a)(x+b)$
- II. $-(x+a)(x-b)$
- III. $-(x-a)(x+b)$
- IV. $-(x-a)(x-b)$

Estos productos especiales se conocen en Algebra con el nombre de *Producto de dos binomios que tienen un término común*.

I. $-(x+a)(x+b)$

Se construye el rectángulo ACHN que tiene por lados $AB+BC$ y $AF+FN$, siendo $AF=AB$ y cuya superficie se representa por $(AB+BC)(AB+FN)$. Se traza FED paralela a AC y BEI paralela a CH.

Se observa fácilmente que el rectángulo total ACHN se ha dividido en cuatro figuras que son:

- 1) ABEF, cuadrado que tiene por lado AB.
- 2) BCDE, rectángulo que tiene por lados BC y BE, siendo $BE=AB$.
- 3) FEIN, rectángulo que tiene por lados FE y FN, siendo $FE=AB$.
- 4) EDHI, rectángulo que tiene por lados

ED y EI, trazos respectivamente iguales a BC y FN.

Por consiguiente se tiene:

$$(AB+BC)(AB+FN) = (ABEF+BCDE+FEIN+EDHI)$$

Pero si de la figura total ACHN quitamos el rectángulo FEIN y lo trasladamos a la derecha del rectángulo BCDE, (como se ve en la figura), podemos considerar la figura resultante AMKDHIEF como formada por tres partes únicamente: ABEF+BMKE+EDHI.

Pero el rectángulo BMKE tiene por lados $(BC+CM)$ y BE, lados respectivamente iguales a $(BC+FM)$ y AB.

Y entonces tenemos:

$$(AB+BC)(AB+FN) = AB + (BC+FN) \cdot BA + (BC \times FN)$$

De donde deducimos el teorema geométrico: *El rectángulo cuyos lados están formados por la suma de dos trazos, de los cuales uno de ellos es común, es equivalente al cuadrado construido sobre el trazo común, más el rectángulo formado por la suma de los trazos no comunes y el trazo común, más el rectángulo formado por los trazos no comunes.*

Teorema aritmético

Si la figura ha sido hecha en papel cuadriculado, tomando cada cuadrado como unidad de superficie, se tendrá:

$$(7+5)(7+3) = 7^2 + (5+3)7 + 5 \cdot 3 \\ = 49 + 8 \cdot 7 + 15 \\ = 49 + 56 + 15 \\ 12 \cdot 10 = 120$$

Qué podrá enunciarse diciendo: *El producto de la suma de dos números por la suma de otros dos, teniendo ambos factores*

un sumando común, es igual al cuadrado del sumando común, más la suma de los sumandos no comunes por el sumando igual, más el producto de los sumandos no comunes.

Teorema algebraico

Si designamos en la figura el trazo AB por x , el trazo BC por a y el trazo FN por b , se tendrá:

$$(x+a)(x+b) = x^2 + (a+b)x + ab$$

Que podrá enunciarse: *El producto de dos binomios que tienen un término común, es igual al cuadrado del término común, más la suma algebraica de los términos no comunes por el término común, más el producto algebraico de los términos no comunes.*

Aplicaciones

1) ¿Cuál es el área de una huerta de forma rectangular que tiene 70 m. de largo por 30 m. de ancho, si se aumentan ambas dimensiones en 5 metros?

Planteo: $(5+70)(5+30)$

2) Multiplicar:

- a) $(100+4)(100+5)$
- b) $(1000+2)(1000+8)$
- c) 109×103
- d) 47×42

3) Multiplicar los binomios siguientes:

- a) $(x+5)(x+1)$
- b) $(m+7)(m+2)$
- c) $(a^2+3)(a^2+4)$
- d) $(y^n+12)(y^n+5)$
- e) $(5a+6)(5a+11)$
- f) $(2b+8)(7+2b)$
- g) $(6+x)(x+9)$
- h) $(-a+3b)(-a+5b)$
- i) $(7-x)(3-x)$
- j) $(-x-7)(x-5)$

Sugerencias.—En los ejercicios f), g) e i) conviene ordenar los binomios. Cuando el término común tiene distinto signo, como en el ejemplo último, para evitar equivocaciones bastará escribir el binomio en el cual el término común tiene signo menos, dentro de un paréntesis precedido del signo menos, así: $-(x+7)$, luego se aplica el teorema sin tomar en cuenta el signo menos del primer binomio, teniendo cuidado de encerrar el trinomio resultante dentro de un paréntesis precedido del signo menos, puesto que este signo del primer binomio, por el signo más del segundo, da producto negativo. Luego se quitará el paréntesis.

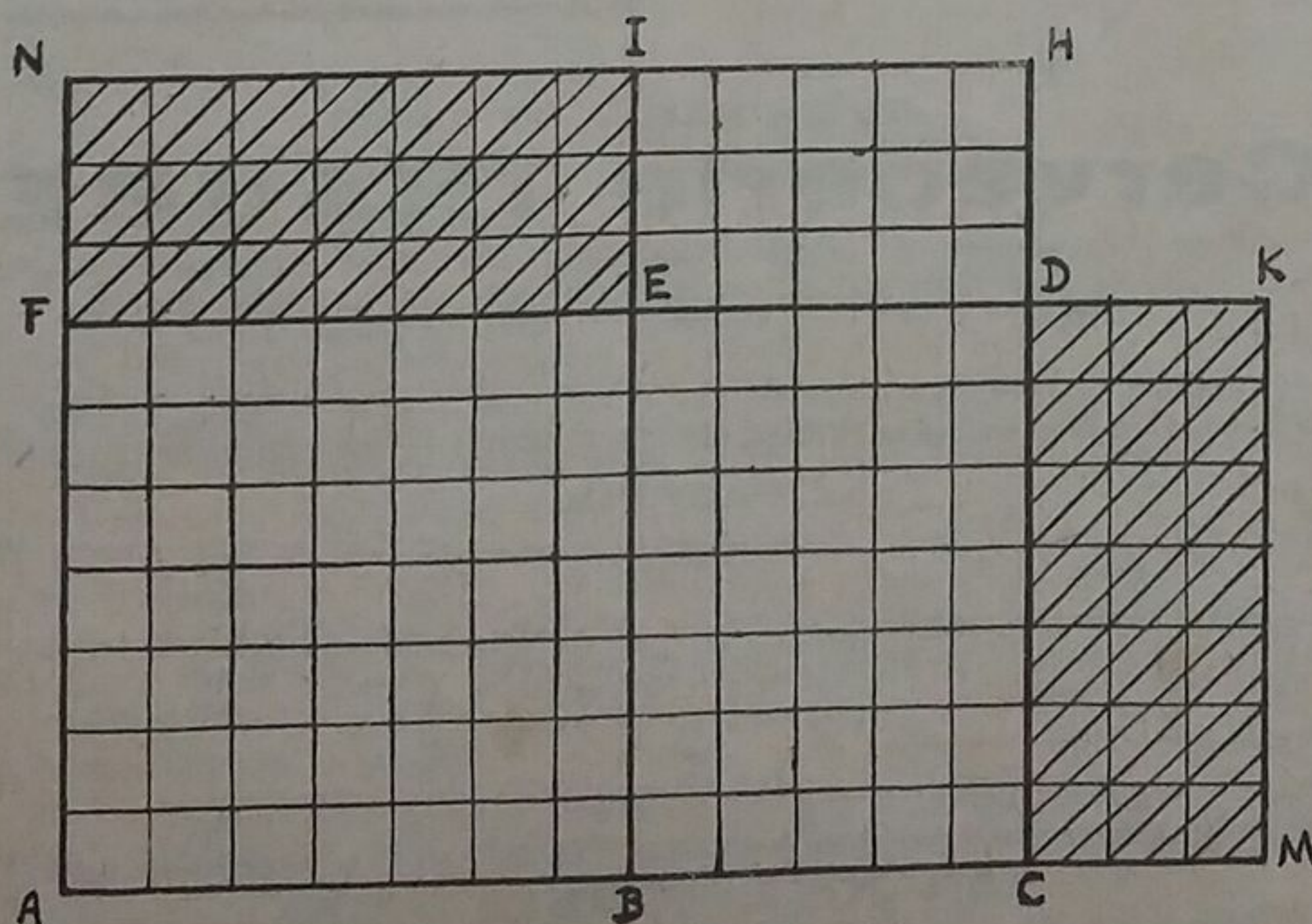
Ejemplo:

$$(-x-4)(x+3) = -(x+4)(x+3) \\ = -(x^2+7x+12) \\ = -x^2-7x-12$$

Nota final.—Más adelante seguiremos con los tres casos que nos restan de la multiplicación de dos binomios de término común, productos notables que abrevian grandemente las operaciones; daremos el recíproco del teorema general, o sea la factorización del trinomio de segundo grado que nos resulta del producto de esta clase de binomios, así como sus diversas aplicaciones prácticas en la resolución de ecuaciones de primero y segundo grados, bécuadradas, etc., etc.

Gonzalo Sánchez Bonilla

Alajuela, Costa Rica. 1928.



Tablero

=1928=

Etimologías.—Y parece ser también que la institución del descanso sabático es de tradición mesopotámica; el mismo nombre *Sa-batu* es sumeriano. Viene de la palabra *Sa* que quiere decir *corazón*, y *bat*, cesar. Cesar de latir el corazón por las labores diarias, esto quiere decir *sábado*.—Cita de José Pijoán.

Esa bebida no es otra que la llamada chocolate o *xocoatl*, voz formada de *xococ*, que significa agrio, y *atl*, agua; «agua agria», porque el cacao con agua y sin dulce, es muy amargo, y así lo tomaban los mexicanos.—Cita de Luis Castillo Ledón.

Se servía (el chocolate), transformado casi en espuma a fuerza de batirse, en unas grandes jicaras (*xicalli*, «vaso de calabazo»), al final de la comida.—Cita del mismo.

La Editorial Espasa-Calpe, S. A., de Madrid, ha tenido la bondad de obsequiarnos con un ejemplar del tomo I del *Diario de viaje de un filósofo* del Conde Hermann Keyserling. La traducción del alemán la ha hecho Don Manuel G. Morente, traductor acreditado. Está demás ponderar el gran valor espiritual de esta obra, cuya lectura recomendamos encarecidamente a los jóvenes estudiosos.

Índice, a grandes rasgos, de este tomo I: *Hacia los trópicos. Ceilán. India. Hacia Extremo Oriente.*

Costo del tomo en Costa Rica: unos **¢ 9.00**.

Comité pro-Sandino en Costa Rica.

De una carta ejemplar

...He visto entusiasmado que en esa culta capital se ha formado un Comité pro-Sandino y deseando aportar mi óbolo, me valgo de Ud. para hacer llegar hasta ese honorable Comité, la pequeña suma de cincuenta francos que le envío, junto con mis votos más fervorosos por el triunfo del Héroe, que está salvando la vergüenza y el honor de Hispanoamérica, en una empresa inmedible, mayor, quizá, que la de las campañas clásicas de nuestra emancipación.—CÉSAR E. ARROYO

Saldo anterior. **¢ 701.00**
Equivalencia en colones de cincuenta francos. **8.00**

Fragmento.—Están mejor las niñas. Tienen una buena maestra y una clase con sol. La enseñanza es práctica. Bordan, cosen, zurcen. «Esto ¿qué es?», le pregunto a una. «Es un paño de afeitar, pa mi padre».—Luis Bello.

Iniciativa que acogemos con mucho gusto.

Habana, julio 20, 1928.

Sr. Don Joaquín García Monge.

Director del Repertorio Americano.

San José de Costa Rica.

Mi querido amigo: Hemos lanzado la idea,—desde 1928—de una Exposición del Libro Americano en la Habana, a semejanza de la que organiza Enrique Espinoza en la Argentina. Necesitamos, naturalmente, para alcanzar éxito, de la ayuda total de los amigos y camaradas, y la suya es imprescindible, aunque desde el primer momento hemos contado con ella. Le envío el número de la revista, y un recorte con un comentario. Si usted se decide a publicar algún suelto, le estimaría mucho la indicación de que los envíos deben hacerse a mi nombre, al Apartado 2228 que es el de la revista. Otra vez la gratitud y siempre el afecto de su amigo,

FÉLIX LIZASO

Sin permiso transcribimos este párrafo de una carta de nuestro inolvidable amigo Don Agustín Nieto Caballero:

Estoy con el proyecto de dar un salto a Europa a comienzos del año venidero. Emigre Ud. también y ya verá qué sabrosas van a ser nuestras charlas por allá en Dinamarca, en Suecia o en la propia Rusia. Emigre Ud. y llévase a Omar Dengo. Es todo cuanto le pido.

En París tal vez nos veamos, mi querido Agustín; hacia 1930.

Señas de escritores:

Arturo Torres-Rioseco.—University of California.—Spanish Department, Berkeley, Calif. U. S. A.

Sergio S. Ignatof.—Bol. Vlashevskiy per., 13, 8.—Moscu, 34.—U. R. S. S.

Un lote de buenas obras hemos recibido; en pasta y a **¢ 2.50** el tomo. Véanse:

E. Gómez Carrillo: *La sonrisa de la esfinge*.
Garcilaso y Boscan: *Poesías*.
Azorin: *Páginas escogidas*.
J. Cadalso: *Cartas marruecas*.
R. Pérez de Ayala: *La pata de la raposa*.
Fr. Luis de León: *Nombres de Cristo*.
(2 vols.)
Jules Renard: *Zanahoria*.
Montaigne: *Páginas escogidas*.
Calina y Dimna.
Stendhal: *La cartuja de Parma* (2 vols).
Arcipreste de Hita: *Libro del Buen Amor*.
Montesquieu: *Cartas persas*.
Antonio Machado: *Páginas escogidas*.
Heine: *Páginas escogidas*.

Complacidos anunciamos la edición reciente de estas dos obras, que hemos tenido el honor de recibir de sus autores:

Pedro Henríquez Ureña: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. BABEL. Buenos Aires.

Distribución:

Seis ensayos en busca de nuestra expresión. I Orientaciones: El descontento y la promesa: en busca de nuestra expresión. Caminos de nuestra historia literaria. Hacia el nuevo teatro.—II Figuras: Don Juan Ruiz de Alarcón. Enrique González Martínez. Alfonso Reyes.

Dos apuntes argentinos. El amigo argentino. Poesía argentina contemporánea. *Panorama de la otra América*. Veinte años de literatura en los Estados Unidos.

Palabras finales.

Así termina el libro interesante:

Va el libro en busca de los espíritus fervorosos que se preocupan del problema espiritual de nuestra América, que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena. Si a ellos logra interesarlos, creeré que no será del todo inútil.

L. E. Nieto Caballero: *Libros colombianos*. Segunda serie. 1928. Editorial. Minerva. Bogotá.

Libros y autores estudiados: Sueños de Luciano Pulgar.—Mirando al Misterio.—La Tragedia de Nilse.—Diana Cazadora.—La Sabana de Bogotá.—José Joaquín Casas.—Maximiliano Grillo.—José Eustasio Rivera.—Miguel Rasch Isla.—Tergiversaciones.—Coros del mediodía. Etc., etc.

Consultorio Optico "Rivera"

EXAMENES DE LA VISTA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención

en el desarrollo de recetas

de los señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO

MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSÉ DE COSTA RICA — CORREO 349

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa, más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO. Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSÉ — COSTA RICA.



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

Días de ocio en el país del Yann

3.—Véanse las entregas 1 y 2 del tomo en curso.

Cuando desperté, me encontré que habíamos llegado a Perdondaris, la famosa ciudad. Porque a nuestra izquierda alzabase una hermosa y notable ciudad, tanto más placentera a los ojos porque sólo la selva habíamos visto mucho tiempo hacía. Anclamos junto a la plaza del mercado y desplegóse toda la mercancía del capitán, y un mercader de Perdondaris se puso a mirarla. El capitán tenía la cimitarra en la mano y golpeaba con ella colérico sobre cubierta, y las astillas saltaban del blanco entarimado; porque el mercader habíale ofrecido por su mercancía un precio que el capitán tomó como un insulto a él y a los dioses de su país, de quienes dijo eran grandes y terribles dioses, cuyas maldiciones debían ser temidas. Pero el mercader agitó sus manos, que eran muy carnosas, mostrando las rojas palmas, y juró que no lo hacía por él, sino solamente por las pobres gentes de las chozas del otro lado de la ciudad, a quienes deseaba vender la mercancía al precio más bajo posible, sin que a él le quedara remuneración. Porque la mercancía consistía principalmente en las espesas alfombras *tumarunds*, que en invierno resguardan el suelo del viento, y el *tollub*, que se fuma en pipa. Dijo por tanto el mercader que si ofrecía un *piffek* más, la pobre gente estaría sin sus *tumarunds* cuando llegase el invierno, y sin su *tollub* para las tardes; o que, de otra suerte, él y su anciano padre morirían de hambre.

A esto el capitán levantó su cimitarra contra su mismo pecho, diciendo que entonces estaba arruinado y que no le quedaba sino la muerte. Y mientras cuidadosamente levantaba su barba con su mano izquierda, miró el mercader de nuevo la mercancía, y dijo que mejor que ver morir a tan digno capitán, al hombre por quien él había concebido especial afecto desde que vió por primera vez su manera de gobernar la nave, él y su anciano padre morirían de hambre; y entonces ofreció quince *piffeks* más.

Cuando así hubo dicho, prosternóse el capitán y rogó a sus dioses que endulzaran aún más el amargo corazón de este mercader—a sus dioscecillos menores, a los dioses que protegen a Belzoond.

Por fin ofreció el mercader cinco *piffeks* más. Entonces lloró el capitán, porque decía que se veía abandonado de sus dioses; y lloró también el mercader, porque decía que pensaba en su anciano padre y en que pronto moriría de hambre, y escondió su rostro lloroso entre las manos, y de nuevo contempló el *tollub* entre sus dedos. Y así concluyó el trato; tomó el mercader el *tumarund* y el *tollub*, y los pagó de una gran bolsa tintineante. Y fueron de nuevo empaquetados en balas, y tres esclavos del mercader lleváronlos sobre sus cabezas a la ciudad. Los marineros habían permanecido silenciosos, con las piernas cruzadas en media luna sobre cubierta, contemplando ávidamente el trato, y al punto levantóse entre ellos un murmullo de satisfacción y empezaron a compararle con otros tratos que habían conocido. Dijéronme que hay siete mercaderes en Perdondaris, y que todos habían llegado junto al capitán uno a uno

antes de que empezara el trato, y que cada uno le había prevenido secretamente en contra de los otros. Y a todos los mercaderes habíales ofrecido el capitán el vino de su país, el que se hace en la hermosa Belzoond; pero no pudo persuadirlos para que aceptaran. Mas ahora que el trato estaba cerrado, y cuando los marineros, sentados, hacían la primera comida del día, apareció entre ellos el capitán con una barrica del mismo vino, y lo espitamos con cuidado, y todos nos alegramos a la par. El capitán se llenó de contento porque veía relucir en los ojos de sus hombres el prestigio que había ganado con el trato que acababa de cerrar; así bebieron los marineros el vino de su tierra natal, y pronto sus pensamientos tornaron a la hermosa Belzoond y a las pequeñas ciudades vecinas de Durl y Duz.

Pero el capitán escanció para mí en un pequeño vaso de cierto vino dorado y denso de un jarrillo que guardaba aparte entre sus cosas sagradas. Era espeso y dulce, casi tanto como la miel, pero había en su corazón un poderoso y ardiente fuego que dominaba las almas de los hombres. Estaba hecho, díjome el capitán, con gran sutileza por el arte secreto de una familia compuesta de seis que habitaban una choza en las montañas de Hian Min. Hallándose una vez en aquellas montañas, dijo, siguió el rastro de un oso y topó de repente con uno de aquella familia que había cazado al mismo oso; y estaba al final de una estrecha senda rodeada de precipicios, y su lanza estaba hiriendo al oso, pero la herida no era fatal y él no tenía otra arma. El oso avanzaba hacia el hombre, muy despacio, porque la herida le atormentaba; sin embargo, estaba ya muy cerca de él. No quiso el capitán revelar lo que hizo, mas todos los años, tan pronto como se endurecen las nieves y se puede caminar por el Hian Min, aquel hombre baja al mercado de las llanuras y deja siempre para el capitán, en la puerta de la hermosa Belzoond, una vasija del inapreciable vino secreto.

Cuando paladeaba el vino y hablaba el capitán, recordé las grandes y nobles cosas que me había propuesto realizar tiempo hacía, y mi alma pareció cobrar más fuerza en mi interior y dominar toda la corriente del Yann. Puede que entonces me durmiera. O, si no me dormí, no recuerdo ahora detalladamente mis ocupaciones de aquella mañana. Al oscurecer, me desperté, y como desease ver Perdondaris antes de partir a la mañana siguiente y no pude despertar al capitán, desembarqué solo. Perdondaris era, ciertamente, una poderosa ciudad; una muralla muy elevada y fuerte la circundaba, con galerías para las tropas y aspilleras a todo lo largo de ella, y quince fuertes torres de milla en milla, y placas de cobre puestas a altura que los hombres pudieran leerlas, contando en todas las lenguas de aquellas partes de la Tierra—un idioma en cada placa—la historia de cómo una vez atacó un ejército a Perdondaris y de lo que le aconteció al ejército. Entré luego en Perdondaris y encontré a toda la gente de baile, todos cubiertos con brillantes sedas, y tocaban al *tambang* a la vez que bailaban. Porque mientras yo durmiera habíales aterrorizado una espantosa tormenta, y los fuegos de la muerte, decían, habían danzado sobre Perdondaris; pero ya el trueno había huido saltando, grande, negro y horrible, decían, sobre los montes lejanos; y se había vuelto a gruñirles de lejos, mostrando sus dientes relampagueantes; y al huir había estallado sobre las cimas, que resonaron como si hubieran sido de bronce. Con frecuencia hacían pausa en sus danzas alegres e imploraban al Dios que no conocían, diciendo: «¡Oh Dios desconocido, te damos gracias porque has ordenado al trueno volverse a sus montañas!»

Seguí andando y llegué al mercado, y allí vi, sobre el suelo de mármol, al mercader profundamente dormido,

que respiraba difícilmente, el rostro y las palmas de las manos vueltos al cielo, mientras los esclavos le abanicaban para guardarle de las moscas. Del mercado me encaminé a un templo de plata, y luego a un palacio de ónice; y había muchas maravillas en Perdondaris, y allí me hubiera quedado para verlas, mas al llegar a la otra muralla de la ciudad vi de repente una inmensa puerta de marfil. Me detuve un momento a admirarla, y acercándome percibí la espantosa verdad. ¡La puerta estaba tallada de una sola pieza!

Huí precipitadamente y bajé al barco, y en tanto que corría creí oír a lo lejos, en los montes que dejaba a mi espalda, el pisar del espantoso animal que había segregado aquella masa de marfil, el cual, tal vez entonces, buscaba su otro colmillo. Cuando me vi en el barco, me consideré salvo, pero oculté a los marineros cuanto había visto.

El capitán salía entonces poco a poco de su sueño. Ya la noche venía rodando del Este y del Norte, y sólo los pináculos de las torres de Perdondaris se encendían al sol poniente. Me acerqué al capitán y le conté tranquilamente las cosas que había visto. El me preguntó al punto sobre la puerta, en voz baja, para que los marineros no pudieran saberlo; y yo le dije que su peso era tan enorme, que no podía haber sido acarreada de lejos, y el capitán sabía que hacía un año no estaba allí. Estuvimos de acuerdo en que aquel animal no podía haber sido muerto por asalto de ningún hombre, y que la puerta tenía que ser de un colmillo caído, y caído allí cerca y recientemente. Entonces resolvió que mejor era huir al instante; mandó zarpar, y los marineros se fueron a las velas, otros levaron el ancla, y justo en el instante en que el más alto pináculo de mármol perdía el último rayo del sol, dejamos Perdondaris, la famosa ciudad. Cayó la noche y envolvió a Perdondaris, y la ocultó a nuestros ojos, los cuales no habrán de verla nunca más; porque yo he oído después que algo maravilloso y repentino había hecho naufragar a Perdondaris en un solo día con sus torres y sus murallas y su gente.

La noche hizo más profunda sobre el río Yann, una noche blanca con estrellas. Y con la noche se alzó la canción del timonel. Luego de orar comenzó su cántico para alentarse a sí mismo en la noche solitaria. Pero primero oró, rezando la plegaria del timonel. Y esto es lo que recuerdo de ella, traducido con un ritmo muy poco semejante al que parecía tan sonoro en aquellas noches del trópico.

«A cualquier Dios que pueda oír.

»Donde quiera que estén los marineros, en el río o en el mar, ya sea oscura su ruta o naveguen en la borrasca; ya los amenace peligro de fiera o de roca; ya los aceche el enemigo en tierra o los persiga por el mar; ya esté helada la caña del timón o rígido el timonel; ya duerman los marineros bajo la guardia del piloto, guárdanos, guíanos, tórnanos a la vieja tierra que nos ha conocido, a los lejanos hogares que conocemos.

»A todos los dioses que son.

»A cualquier Dios que pueda oír.»

Así oraba en el silencio. Y los marineros se tendieron para reposar. Se hizo más profundo el silencio, que sólo interrumpía las ondas del Yann, que rozaban ligeramente nuestra proa. A veces, algún monstruo del río tosía.

Silencio y ondas, ondas y silencio otra vez.
Y la soledad envolvió al timonel, y empezó a cantar.
Y cantó las canciones del mercado de Durl y Duz, y las viejas leyendas del dragón de Belzoond.

Lord Dunsany

(Concluirá en la próxima entrega)

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios: de ₡ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de ₡ 100 (\$ 25 oro am.) el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en unas mil palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones de estilo en estos concursos.

Rep. Am.



Lado Oeste Foto Hernández